PODER DESDE LO ALTO

POR CHARLES G. FINNEY

Traducción por David Camps

Capítulo 1

Poder Desde Lo Alto

Por favor permítanme a través de sus columnas corregir un malentendido con respecto a la última reunión de la junta de Oberlin y unos breves comentarios que hice el sábado en la mañana y luego en el Día del Señor. En mis primeros comentarios hablé acerca de la misión de la Iglesia de discipular todas las naciones, tal como lo registra Mateo y Lucas, y declaré que este mandato fue dado a toda la Iglesia y que todo miembro de la iglesia está bajo la obligación de que la obra de su vida sea convertir al mundo. Luego hice dos preguntas:

1. ¿Qué tenemos que hacer para asegurar el éxito en esta gran tarea?

2. ¿Cómo lo podemos lograr?

Contestación 1. Necesitamos recibir poder desde lo alto. Cristo previamente les dijo a sus discípulos que sin él nada podían hacer. Cuando les dio la comisión de convertir al mundo, añadió, "He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto". Este bautismo del Espíritu Santo, esta promesa del padre, este poder de lo alto, ha sido exactamente lo que Cristo estableció como la condición indispensable para llevar a cabo la obra que está delante de nosotros.

2. ¿Cómo lo obtenemos? Cristo claramente lo prometió a toda la iglesia y a todo individuo que tiene como tarea laborar para la conversión del mundo. Advirtió a los discípulos que no comenzaran la obra sin antes haber recibido el poder desde lo alto. Tanto la promesa como la admonición son para todos los cristianos de todas las edades y naciones. En ningún momento nadie tiene el derecho de esperar tener éxito a menos que haya sido dotado con poder desde lo alto. El ejemplo de los primeros discípulos nos enseña cómo asegurar este poder. Primero, ellos se consagraron para la tarea y siguieron orando y suplicando hasta que el

Espíritu Santo vino sobre ellos el día del Pentecostés y recibieron la promesa del derramamiento de este poder desde lo alto. Ésta es la manera de obtenerlo.

La Junta deseaba que yo abundara más sobre el tema; consecuentemente, en el día del Señor, tomé la declaración de Cristo de que el padre está más dispuesto a dar su Santo Espíritu a los que se lo pidan que nuestra disposición a darle buenas dadivas a nuestros hijos.

1. Yo dije, éste texto nos muestra que es infinitamente fácil obtener del Padre el Espíritu Santo o el derramamiento de su poder.

2. Ésta es una petición de oración constante. Todo el mundo ora por esto todo el tiempo y aún así, comparativamente, son pocos los que reciben este espíritu de poder desde lo alto. Esta carencia no es suplida. Esta carencia de poder es un asunto del cual hay mucha queja. Cristo dijo, "Todo aquel que pide, recibe", pero ciertamente existe una gran brecha entre pedir y recibir, lo cual es una gran piedra de tropiezo para muchos. ¿Cómo debe ser explicada entonces esta discrepancia? Entonces procedí a mostrar por que este poder no es recibido. Y dije:

1. No estamos dispuestos, tomando en cuenta todo lo que esto implica, para tener lo que deseamos y lo que pedimos.

2. Dios específicamente nos ha dicho que si tenemos iniquidad en nuestro corazón él no nos escucha. Pero el que pide, muchas veces es inmoderado consigo mismo. Esto es iniquidad y Dios no nos puede escuchar.

3. No es generoso.

4. Censura y critica a otros.

5. Dependiente consigo mismo.

6. Resiste la convicción de pecado.

7. Se niega a confesar a todas las partes correspondientes.

8. Se niega a hacer restitución a las personas heridas.

9. Está prejuiciado y no es sincero.

10. Es rencoroso.

11. Tiene un espíritu vengativo.

12. Tiene ambición mundana.

13. En algún punto se ha comprometido y está siendo deshonesto y ha sido negligente y ha rechazado luz adicional.

14. Es sectariamente egoísta.

15. Egoísta por su propia congregación.

16. Resiste las enseñanzas del Espíritu Santo.

17. Contrista al Espíritu Santo.

18. Apaga al Espíritu por su persistencia en justificar lo equivocado.

19. Lo entristece por no querer estar vigilante.

20. Lo resiste al gratificar su mal temperamento.

21. También al hacer negocios deshonestos.

22. Al ser indolente e impaciente en el Señor.

23. Por muchas formas de egoísmo.

24. Por negligencia en los negocios, el estudio y la oración.

25. Estar demasiado ocupado en negocios, estudio y muy poca oración.

26. Por no consagrarse completamente.

27. La última y la más grande de todas, por incredulidad. Ora por este poder sin esperar recibirlo. "El que no cree a Dios le ha hecho mentiroso." Éste es entonces el mayor pecado. ¡Qué insulto!, ¡qué blasfemia acusar a Dios de mentiroso!

Me vi obligado a concluir que estas y otras formas de pecado explican por qué se recibe tan poco, mientras se pide mucho. Yo dije que no tenía el tiempo para presentar el otro lado. Después algunos hermanos preguntaron "¿Cuál es el otro lado?" El otro lado presenta la certeza que recibiremos la promesa de la llenura de este poder desde lo alto, y si lo pedimos tendremos éxito en ganar almas y cumplir las condiciones de la oración persistente, claramente reveladas. Observen que lo que dije el Día del Señor fue concerniente al mismo tema y en añadidura a lo que yo había dicho previamente. El malentendido que se expresó fue el siguiente: si nosotros nos deshacemos de todas estas formas de pecado, que no nos permiten recibir este poder desde lo alto, ¿no significa esto que ya lo tenemos?, ¿qué más necesitamos?

Contestación. Hay una gran diferencia entre la paz y el poder del Espíritu Santo en el alma. Los discípulos eran cristianos antes del día del Pentecostés, y por lo tanto tenían una medida del Espíritu Santo. Tenían que poseer la paz del perdón de sus pecados y un estado de justificación, pero aun así no tenían el poder derramado necesario para llevar a cabo y cumplir con la tarea asignada. Tenían la paz que Cristo les había dado, pero no el poder que les había prometido. Esto quizás sea cierto en cuanto a todos los cristianos, y en mi opinión éste ha sido el gran error de la Iglesia y del ministerio. La Iglesia descansa en la conversión, y no busca hasta obtener este poder desde lo alto. Por esta razón, vemos que muchos de los que profesantes no tienen poder ni con Dios ni con el hombre. No prevalecen con ninguno.

Descansan en una esperanza en Cristo, e inclusive, entran al ministerio pasándole por encima a la advertencia de esperar hasta que hayan recibido poder desde lo alto. Pero que todos traigan sus diezmos y ofrendas al alfolí, pongan todo en el altar, y prueben a Dios, y verán que ahora Dios abrirá las ventanas de los cielos, y derramará sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde.

Capítulo 2

¿Qué es?

Los apóstoles y hermanos en el Día de Pentecostés lo recibieron. ¿Qué recibieron? ¿Qué poder ejercieron después de ese evento?

Recibieron un bautismo poderoso del Espíritu Santo, un incremento vasto de iluminación divina. Este bautismo repartió una gran diversidad de dones que utilizamos para el cumplimiento de la obra. Claramente incluyó lo siguiente: El poder de una vida santa. El poder de una vida de renunciamiento de uno mismo. (La manifestación de éstos debió tener una gran influencia en aquellos a quienes se les proclama el evangelio). El poder una vida de llevar una cruz. El poder de gran mansedumbre, que el bautismo les permitiría exhibir en todos lados. El poder de un entusiasmo amoroso para proclamar el evangelio. El poder de enseñar. El poder de una fe amorosa y viva. El don de lenguas. Un aumento de poder para obrar milagros. El don de la inspiración, o la revelación de muchas verdades no reconocidas por ellos antes. El poder de valor moral para proclamar el evangelio y realizar el llamado de Cristo cual fuera el costo.

En sus circunstancias todas estas dotaciones fueron esenciales para su éxito, pero ni por separado ni tampoco todas juntas constituyeron ese poder desde lo alto que Cristo prometió, y que claramente recibieron. Aquello que ellos claramente recibieron como el medio supremo, culminante e importante de éxito fue el poder para prevalecer con Dios y el hombre, el poder para dejar impresiones salvadoras en las mentes de los hombres. Esto último fue sin duda aquello que entendieron y que Cristo prometió. Había comisionado a la Iglesia para convertir al mundo para él. Todo lo que he nombrado arriba fueron sólo medios que nunca podían asegurar el fin a menos que fueran vitalizados y hechos efectivos por el poder de Dios. Los apóstoles, sin duda, entendieron eso, impusieron las manos sobre ellos mismos y el altar, sitiaron un Trono de Gracia en el espíritu de consagración entera para la obra de ellos.

Recibieron, de hecho, los dones antes mencionados, pero suprema y principalmente este poder para impresionar a los hombres para salvación. Se manifestó de inmediato. Empezaron a dirigirse a la multitud y contar maravillas. Tres mil se convirtieron a la misma hora. Mas obsérvese, aquí no hubo ningún poder nuevo manifestado por ellos por la ocasión, excepto el don de lenguas.

No operaron milagros en ese entonces, y usaron estas lenguas simplemente como el medio para darse a entender. Nótese que no tuvieron tiempo de exhibir otros dones del Espíritu que he acabado de nombrar. En ese entonces no tenían la ventaja de exhibir una vida santa, o cualesquiera dones y gracias poderosos del Espíritu. Lo que se dijo en esa ocasión, como se registra en el evangelio, no pudo haber hecho la impresión que se hizo, si ellos no hubiesen hablado con un poder nuevo para hacer una impresión para salvación en la gente. Este poder no fue el poder de la inspiración, pues sólo declararon ciertos hechos de su propio conocimiento. No fue el poder de aprendizaje y culturas humanos, pues tenían poco. No fue el poder de la elocuencia humana, pues parece haber habido poca. Fue Dios hablando en y a través de ellos. Fue poder desde lo alto --Dios en ellos haciendo una impresión de salvación en aquellos a quienes hablaban. Ese poder para impresionar para salvación permaneció sobre y con ellos. Fue, sin duda, la gran y promesa principal hecha por Cristo y recibida por los apóstoles y los primeros cristianos. Ha existido en mayor o menor medida en la Iglesia desde entonces. Es un hecho misterioso con frecuencia manifestado de manera muy sorprendente. A veces una sola oración, una palabra, o incluso una mirada, llevará este poder de una manera victoriosa.

Para honrar a Dios solo hablaré un poco de mi propia experiencia en este asunto. Fui convertido poderosamente en la mañana del 10 de octubre. En la tarde de ese día, y en la mañana del día siguiente, recibí bautismos sobrecogedores del Espíritu Santo que me atravesaron, como lo veo, en cuerpo y alma. Inmediatamente me encontré a mí mismo investido con tal poder desde lo alto que unas solas palabras dichas ahí y allá a los individuos fueron los medios de su conversión inmediata. Mis palabras parecían como flechas penetrantes clavadas en las almas de los hombres. Cortaban como una espada. Rompían el corazón como un martillo. Muchos pueden constatarlo. Con frecuencia salía una palabra, sin recordarla, y traía convicción y resultaba en una conversión casi inmediata. A veces me encontraba, en gran medida, vacío de este poder. Salía a hacer visitación y encontraba que no hacía ninguna impresión de salvación. Exhortaba y oraba con el mismo resultado. Entonces apartaba un día para oración y ayuno en privado, temiendo que este poder se hubiera alejado de mí, inquiría ansiosamente ver por qué este vacío aparente. Luego de humillarme y clamar por ayuda, el poder regresaba sobre mí, con toda su frescura. Esto ha sido la experiencia de mi vida.

Podría llenar un volumen con la historia de mi propia experiencia y observación al respecto de este poder desde lo alto. Es un hecho de conciencia y observación, pero un gran misterio. He dicho que a veces una mirada tiene en sí el poder de Dios. Con frecuencia he sido testigo de esto. Permítanme ilustrar el hecho. Una vez prediqué, por primera vez, en un pueblo manufacturero. La mañana siguiente fui a la fábrica para ver sus operaciones. Mientras pasaba al departamento de tejido, vi una gran compañía de mujeres jóvenes, algunas de las cuales, observé, me estaban viendo, y en una manera que indicaba un espíritu trivial y que me conocían. Sin embargo, no las conocía. Mientras me acercaba más a aquellas jóvenes que me habían reconocido parecían aumentar sus manifestaciones de ligereza de mente. Su ligereza hizo una impresión especial en mí. Lo sentí en mi corazón. Me detuve y las miré. No sé cómo, mientras toda mi mente estaba absorta con el sentido de culpa y peligro. Mientras veía su aspecto, observé que una de ellas se puso muy agitada. Un hilo se rompió. Trató de arreglarlo, pero sus manos temblaban de una manera tal que no podía hacerlo. Inmediatamente observé que la sensación se estaba propagando, y se había vuelto universal entre esa clase de personas que toman las cosas a la ligera. Las miré fijamente hasta que una tras otra cedió y no pusieron más atención a sus tejedoras. Se pusieron de rodillas, y la influencia se propagó por toda la sala. No había dicho ni una palabra, y el ruido de las tejedoras hubiera prevenido que me oyeran. En unos minutos todo el trabajo fue abandonado y la sala se llenó de lágrimas y lamentaciones. En ese momento el dueño de la fábrica, quien él mismo era inconverso, entró, y acompañado, creo yo, del superintendente, quien era cristiano. Cuando el dueño vio la situación dijo al superintendente: "Detengan el trabajo". Lo que vio parece que le llegó al corazón.

"Es más importante", recalcó apresuradamente, "que estas almas sean salvas que esta fábrica trabaje. Tan pronto las máquinas dejaron de hacer ruido, el dueño preguntó: "¿Qué hacemos? Debemos tener un lugar para reunirnos donde se nos instruya". El superintendente contestó: "Donde están las mulas". Se sacaron las mulas y a todos se les notificó y arreglaron el lugar. Tuvimos una reunión maravillosa. Oré con ellos, les di las instrucciones que en ese momento podían entender. La palabra fue con poder. Muchos expresaron esperanza ese día; y en unos días, como se me informó, casi todos en ese lugar, junto con el dueño, tenían la esperanza en Cristo.

Este poder es una gran maravilla. Muchas veces he visto a gente incapaz de soportar la palabra, Las declaraciones más simples y ordinarias cortan como una espada a las personas desde donde se sientan, les quita su fuerza corporal y los deja tan incapacitados como un muerto. A veces en mi experiencia es cierto que no pude elevar mi voz, o decir algo en oración o

exhortación excepto de la manera más suave, sin totalmente vencer a los presentes. Esto no fue porque estuviera predicando terror a la gente, sino los dulces sonidos del evangelio los vencía. Este poder a veces parece ocupar la atmósfera de alguien sumamente cargado del poder. Muchas veces grandes cantidades de personas en una comunidad se revisten de este poder cuando la misma atmósfera de todo el lugar parece cargada con la vida de Dios. Los forasteros que llegan y pasan por el lugar inmediatamente son golpeados con convicción de pecado y en muchas ocasiones se convierten a Cristo. Cuando los cristianos se humillan, y se consagran de nuevo a Cristo, y piden por este poder, con frecuencia recibirán tal bautismo que serán instrumento para convertir más almas en un día que en toda su vida anterior. Mientras los cristianos permanezcan lo bastante humildes para retener este poder la obra de la conversión seguirá hasta que comunidades enteras y regiones del país sean convertidas a Cristo. Lo mismo es cierto de los ministros, pero este artículo es ya muy largo. Si se me permite, tengo más que decir sobre este asunto.

Capítulo 3

LA INVESTIDURA DEL ESPÍRITU

Desde la publicación de mi artículo "Poder desde lo alto" en el Independent he sido confinado por una enfermedad prolongada. Mientras tanto, he recibido numerosas cartas preguntando sobre ese tema. Se relacionan en su mayoría con puntos en particular:

1. Piden más ejemplos de la exhibición de ese poder.

2. Preguntan: "¿Quiénes tienen derecho a esperar esa investidura?"

3. ¿Cómo o bajo qué condiciones se puede obtener?

No puedo contestar estas preguntas por correspondencia a la gente. Con su anuencia propongo, si mi salud sigue mejorando, contestarles en varios artículos breves a través de sus columnas. En el presente número relataré otra exhibición de este poder desde lo alto, como lo presencié. Poco después que obtuve la licencia para predicar fui a una región del país de donde era totalmente ajeno. Fui a solicitud de la Female Missionary Society en el condado de Oneida, Nueva York. A principios de mayo, creo yo, visité el pueblo de Antwerp, en la parte norte del condado de Jefferson. Me detuve en el hotel del pueblo, y ahí supe que no había reuniones religiosas en ese entonces. Tenían una casa de ladrillo para reuniones, pero estaba cerrada. Mediante esfuerzos personales conseguí que varias personas se instalaran en el recibidor de una señora cristiana, y les prediqué en la tarde luego de mi llegada. Pasé por el pueblo y quedé estupefacto por la horrible profanidad entre los hombres adonde fuera que iba. Obtuve permiso de predicar en la escuela el domingo siguiente, pero antes de ese día estaba muy desanimado, y casi escandalizado por el estado de la sociedad que presenciaba. El sábado el Señor puso con poder en mi corazón las siguientes palabras, dirigidas por el Señor Jesús a Pablo (Hechos 18:9-10): "No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad". Esto sometió mis temores completamente, pero mi corazón estaba cargado con agonía por la gente. El domingo en la mañana me levanté temprano, y me retiré a una arboleda no muy lejos del pueblo para derramar mi corazón ante Dios por una bendición para la obra del día. No pude expresar la agonía de mi

alma en palabras, pero luché con mucho gemir, y creo con muchas lágrimas, por una o dos horas, sin obtener alivio. Regresé a mi cuarto en el hotel, pero casi inmediatamente volví a la arboleda. Hice esto tres veces. La última vez obtuve alivio completo, justo a tiempo para ir a la reunión. Fui a la escuela, y la encontré completamente llena. Saqué mi pequeña Biblia de bolsillo y leí: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Mostré el amor de Dios como se contrasta con la manera en la que fue tratado por aquellos a quienes dio su hijo. Les hice ver su profanidad y mientras reconocía a mis oyentes cuya profanidad había observado en especial, en la plenitud de mi corazón y con muchas lágrimas les indiqué: "he oído a estos hombres que han nombrado a Dios para maldecir a sus semejantes". La Palabra hizo un poderoso efecto. Nadie parecía ofendido, pero casi todos desfallecían grandemente. Al término del servicio el dueño tan amable, el señor Copeland, se levantó y dijo que abriría la casa de reunión en la tarde. La casa de reunión estaba llena como en la mañana, la Palabra hizo un poderoso efecto. Así el avivamiento poderoso comenzó en el pueblo, y luego a propagarse por todos lados. Creo que fue en el segundo domingo después de esto cuando me quité del púlpito, un anciano se me acercó y me dijo: "¿No podrá venir a predicar en donde vivo? Nunca hemos tenido reuniones religiosas ahí". Pregunté por la dirección y la distancia, y quedé de predicar ahí la siguiente tarde del lunes a las cinco en su escuela. Había predicado tres veces en el pueblo, y había asistido a dos reuniones de oración en el Día del Señor, y el lunes fui a pie para cumplir con la cita. Hacía calor ese día y antes de llegar sentí que casi me desmayaba al caminar, y grandemente desanimado en mi mente. Me senté en la sombra al borde del camino, y me sentí como si me fuera a desmayar al llegar ahí; si eso pasara, estaba muy desanimado como para hablar a la gente. Cuando llegué encontré el lugar lleno, e inmediatamente empecé el servicio al leer un himno. Intentaron cantar, pero la horrible disonancia me hacía sentir que agonizaba más allá de lo que pudiera expresar. Me agaché, puse mis codos sobre mis rodillas y mis manos sobre mis oídos, y sacudí mi cabeza para callar la disonancia, la cual incluso apenas podía soportar. Tan pronto dejaron de cantar me puse de rodillas, casi en un estado de desesperación. El Señor me abrió las ventanas de los cielos, y me dio gran ensanchamiento y poder en oración. Hasta ese momento no tenía ni idea de qué texto iba a usar para la ocasión. Me levanté de mis rodillas y el Señor me dio esto: "Levantaos, salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad". Le dije a la gente según recuerdo, dónde encontrarían el texto, y seguí diciéndoles sobre la destrucción de Sodoma. Les di un bosquejo de la historia de Abraham y Lot, y sus relaciones entre ellos; de la oración de Abraham por Sodoma, y de Lot, como el único justo en la ciudad. Mientras lo hacía, noté que la gente se veía muy enojada en extremo conmigo. Muchos semblantes parecían muy amenazadores y algunos hombres cerca de mí se veían como si fueran a golpearme. Esto no pude entender, pues sólo les estaba

dando, con gran libertad de espíritu, un esbozo de la historia de la Biblia. Tan pronto terminé mi esbozo histórico, me volví a ellos, y les dije que había entendido que nunca ellos habían tenido ninguna reunión religiosa en ese lugar, y viendo ese hecho, los embestí con la espada del Espíritu con toda mi fuerza. A partir de ese momento la solemnidad aumentó con mucha rapidez. En unos momentos parecía que caía sobre la congregación un impacto instantáneo. No puedo describir la sensación que sentí, ni aquello que era patente en la congregación, pero la palabra parecía literalmente que cortaba como una espada. El poder desde lo alto caía sobre ellos en un torrente tal que se cayeron de sus lugares por todos lados. En menos de un minuto casi toda la congregación estaba de rodillas o agachada, o en alguna posición postrada ante Dios. Todo mundo lloraba o gemía por misericordia a sus almas. No pusieron más atención a mí o a mi predicación. Traté de que me pusieran atención, pero no pude. Observé que el anciano que me había invitado seguía en su asiento cerca del centro del lugar. Estaba viendo por todos lados con gran asombro. Le hice señas y le grité: "¿No puede orar?" Se arrodilló y con estruendo hizo una breve oración, tan fuerte como pudo gritar, pero no le pusieron atención. Después de ver por todos lados por unos momentos, me arrodillé y me agaché hacia un joven que estaba arrodillado a mis pies, y orando por la misericordia de su alma. Obtuve su atención y le prediqué a Jesús en su oído. En unos momentos se rindió a Jesús por fe, e irrumpió en oración por aquellos alrededor de él. Entonces me volví a otro y a otro. Luego de seguir en esta forma hasta casi el atardecer, agradecí por la reunión al anciano que me había invitado para irme a cumplir con otra cita en otro lugar esa tarde. En la tarde del siguiente día se me pidió volver a ese lugar, pues no se había podido terminar la reunión. Habían tenido que salir de la escuela para dar lugar a las clases, pero se habían ido a una casa cerca, donde encontré una cantidad de personas aún muy ansiosas y cargadas con la convicción de volver a sus hogares. Pronto ahí fueron sometidos a la Palabra de Dios, y creo que todos obtuvieron una esperanza antes de irse a sus casas. Obsérvese, que era totalmente ajeno al lugar, el cual nunca había visto ni oído, hasta que me contaron. Pero ahí, en una segunda visita, supe que el lugar se llamaba Sodoma, por su iniquidad, y el anciano que me había invitado se llamaba Lot, porque era el único profesante de religión. Luego de esta forma, el avivamiento brotó donde él vivía. No he estado ahí en muchos años, pero en 1856, creo, mientras estaba en la obra en Syracuse, Nueva York, se me presentó a un ministro de Cristo del condado de St. Lawrence con el nombre de Cross. Me dijo: "Señor Finney, no me conoce pero ¿se acordará de haber predicado en un lugar llamado Sodoma? Le dije: "Nunca lo olvidaré". Me contestó: "En ese entonces era joven; me convertí en esa reunión". Todavía vive, es pastor de una de las iglesias de ese condado, y es el padre del director de nuestro departamento de preparatoria. Quienes han vivido en esa región pueden testificar de los resultados

permanentes de ese bendito avivamiento. Sólo puedo dar en palabras una descripción leve de esa manifestación maravillosa desde lo alto al asistir a la predicación de la Palabra.

Capítulo 4

LA INVESTIDURA DE PODER DESDE LO ALTO

En este artículo propongo considerar las condiciones por las que esta investidura de poder puede obtenerse. Dejemos que las escrituras nos den un poco de luz. No llenaré sus páginas con citas de la Biblia, sino simplemente estableceré unos hechos que serán reconocidos sin problema por cualquier lector de las escrituras. Si los lectores de este artículo leen en el último capítulo de Mateo y de Lucas la comisión que dio Cristo a sus discípulos, y en conexión leen los primeros dos capítulos de los Hechos de los apóstoles, estarán preparados para ver lo que he dicho en este artículo.

1. Los discípulos se habían convertido a Cristo, y su fe había sido confirmada por su resurrección. Pero aquí permítaseme decir que la conversión a Cristo no se debe confundir con la gran obra de la conversión del mundo. La conversión del alma tiene que ver directamente y personalmente con Cristo. Rinde sus perjuicios, sus antagonismos, su actitud de rectitud falsa, su incredulidad, su egoísmo; lo acepta, confía en él, y supremamente lo ama. Todo esto habían claramente hecho sus discípulos más o menos. Pero aún no había recibido ninguna comisión definitiva, y ninguna investidura de poder para cumplir una comisión.

2. Pero cuando Cristo había disipado la gran perplejidad de ellos que resultó de su crucifixión, y había confirmado la fe de ellos por encuentros repetidos con ellos, les dio la gran comisión para ganar todas las naciones para Él. Pero les advirtió que permanecieran en Jerusalén hasta que fueran investidos con poder desde lo alto, el cual dijo que recibirían dentro de poco. Ahora obsérvese lo que hicieron. Se reunieron los hombres y las mujeres para orar. Aceptaron la comisión, y sin duda, entendieron la naturaleza de la comisión, y la necesidad de una investidura espiritual la cual Cristo había prometido. Mientras continuaban día tras día en oración y consulta, sin duda, vieron más y más las dificultades que tendrían, y sentirían más y más la ineficacia para la tarea. Una consideración de las circunstancias y resultados lleva a la conclusión que ellos se consagraron, con todo lo que tenían, a la conversión de la palabra como la obra de su vida. Debieron haber renunciado completamente a la idea de vivir para sí mismos en cualquier forma, dedicarse a sí mismos con todo su fuerza a la obra puesta ante ellos. Esta consagración de sí mismos a la obra, esta renuncia de sí mismos, este morir a todo lo que el mundo pudiera ofrecerles, debió, en el orden de la naturaleza, haber

precedido su búsqueda inteligente de la investidura prometida de poder desde lo alto. Entonces continuaron, en común acuerdo, en oración por el bautismo ofrecido del Espíritu, que incluía todo lo esencial para su éxito. Obsérvese, tenían una obra puesta ante ellos. Tenían una promesa de poder para llevarla a cabo. Fueron advertidos para esperar hasta que la promesa se cumpliera. ¿Cómo esperaron? No en apatía ni indiferencia; no en hacer preparativos para el estudio y de otra forma arreglárselas sin la promesa; no por meterse en lo que les incumbía, y ofrecer una oración ocasional que la promesa pudiera ser cumplida, sino continuaron en oración, y persistieron en su súplica hasta que la respuesta llegara. Entendieron que iba a ser por el bautismo del Espíritu Santo. Entendieron que iba a recibirse de parte de Cristo. Oraron en fe. Se aferraron, con la expectativa más firme, hasta que llegó la investidura. Ahora, que estos hechos nos instruyan en cuanto a las condiciones para recibir esta investidura de poder.

Nosotros, como cristianos, tenemos la misma comisión que cumplir. Tan cierto como ellos la necesitaron, necesitamos una investidura de poder desde lo alto. Desde luego, el mismo mandato, esperar en Dios hasta que la recibamos, es dada a nosotros.

Tenemos la misma promesa que ellos tuvieron. Ahora, tomemos sustancialmente y en espíritu el mismo rumbo que ellos tomaron. Eran cristianos, y tenían una medida del Espíritu para dirigirlos en oración y consagración. También nosotros. Todo cristiano posee una medida del Espíritu de Cristo, suficiente del Espíritu Santo para dirigirnos a la verdadera consagración e inspirarnos con la fe que es esencial para nuestra prevalencia en oración. Entonces no la aflijamos o resistamos, sino aceptemos la comisión, plenamente consagrémonos, con todo lo que tenemos, a la salvación de las almas como nuestra mayor obra de vida. Vayamos al altar con todo lo que tenemos, y echémonos ahí y persistamos en oración hasta que recibamos la investidura. Ahora, obsérvese, la conversión a Cristo no debe confundirse con la aceptación de su comisión para convertir al mundo. Lo primero es una transacción personal entre el alma y Cristo relacionada a su propia salvación. Lo segundo es la aceptación del alma del Servicio en el que Cristo propone emplearla. Cristo no nos requiere hacer ladrillo sin paja. A quien le da la comisión también se le da la orden y la promesa. Si la comisión es aceptada con gusto, si la promesa se cree, si la orden de esperar en el Señor hasta que nuestra fuerza sea renovada es cumplida, recibiremos la investidura.

Es importante que todos los cristianos entendamos que esta comisión para convertir al mundo es dada a ellos individualmente por Cristo,

Todos tienen la gran responsabilidad dada para ganar para Cristo tantas almas como sea posible. Éste es el gran privilegio y deber de todos los discípulos de Cristo. Hay muchos departamentos en esta obra. Pero en cada uno, debemos y podemos poseer este poder, sea que prediquemos, u oremos, o escribamos, o imprimamos, o comerciemos, o viajemos, cuidemos a los hijos, administremos el gobierno del estado, o lo que hagamos, toda nuestra vida entera e influencia debe ser permeada con este poder. Cristo dijo: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" --esto es, una influencia cristiana, teniendo en ella el elemento de poder para imprimir la verdad de Cristo en los corazones de los hombres, procederá de Él. La gran carencia de la Iglesia hoy es, primero, la convicción para darse cuenta de que esta comisión para convertir al mundo es dada a cada uno de los discípulos de Cristo como su obra de vida. Me temo que debo decir que grandes masas de cristianos profesantes parecen que nunca han sido impresionadas con esta verdad. La obra de las almas salvadoras se la dejan a los ministros. La segunda gran carencia es darse cuenta de la convicción de la necesidad de esta investidura de poder en cada alma. Muchos profesantes de religión suponen que pertenece especial y solamente a quienes son llamados a predicar el evangelio como una obra de vida. Fallan en darse cuenta que todos somos llamados a predicar el evangelio, que toda la vida entera de cada cristiano es ser una proclamación de la buenas nuevas. Una tercera carencia es una fe esforzada en la promesa de la investidura. Muchos profesantes de religión, e incluso ministros, parecen dudar si esta promesa es para toda la Iglesia y para cada cristiano. Como consecuencia, no tienen fe en qué agarrarse. Si no pertenece a todos, no saben a quién le pertenece. Desde luego, no pueden agarrarse de la promesa por fe. Una cuarta carencia es que la persistencia es esperarla en Dios que está prescrita en las escrituras. Desfallecen antes de prevalecer y, por tanto, no reciben la investidura. Multitudes parecen satisfacerse a sí mismas con la esperanza de vida eterna para ellas. Nunca están listas para quitar la pregunta de su propia salvación, dejando eso, como arreglado, con Cristo. No están listos para aceptar la gran comisión para la obra para la salvación de otros, porque su fe es tan débil que no dejan con firmeza la pregunta de su propia salvación en manos de Cristo; e incluso algunos ministros de evangelio, veo yo, que están en la misma condición, y están deteniendo de la misma forma, siendo incapaces de entregarse ellos mismos completamente a la obra para salvar a otros, porque en una medida están sin arreglar su propia salvación. Es asombroso presenciar la extensión que Iglesia ha perdido la mira de la necesidad de esta investidura de poder. Mucho se dice de nuestra dependencia en el Espíritu Santo por casi todos, pero qué poco se dan cuenta de esta dependencia. Los cristianos, e incluso ministros, van a la obra sin ella. Lamento verme obligado a decir que en las filas del ministerio parecen ser cubiertas por aquellos

que no la poseen. ¡Qué el Señor tenga misericordia de nosotros! ¿Acaso se pensará de esta última observación como severa? Si así es, que sea escuchado, por ejemplo, el reporte del Home Missionary Society, sobre este tema. Seguramente algo está mal.

Un promedio de cinco almas ganadas para Cristo por cada misionero de esa Sociedad en un trabajo de un año indica una debilidad muy alarmante en el ministerio. ¿Han sido todos o la mayoría de estos ministros investidos con el poder que Cristo prometió? Si no es así, ¿por qué no? Pero sí han sido investidos, ¿es todo lo que Cristo intentaba con su promesa? En un artículo anterior dije que el recibimiento de esta investidura de poder es instantáneo. No es mi intención aseverar que en cada instancia quien recibe estaba consciente del momento preciso en el que el poder comenzaba a operar en él con fuerza. Pudo haber comenzado como el rocío y pudo haber aumentado como una lluvia. He aludido al reporte del Home Missionary Society no que suponga que los hermanos que trabajan para esa Sociedad sean excepcionalmente débiles en la fe y poder como colaboradores para Dios. Al contrario, por mi relación con algunos de ellos los considero como nuestros colaboradores más dedicados y sacrificados en la causa de Dios. Este hecho ilustra la debilidad alarmante que prevalece en cada rama de la Iglesia, tanto en laicos como ministros. ¿Acaso no somos débiles? ¿Acaso no somos criminalmente débiles? Se me ha sugerido que al escribir así ofendo al ministerio y a la Iglesia. No puedo creer que esta declaración de un hecho tan palpable sea considerada como una ofensa. El hecho es que hay algo tristemente defectivo en la educación del ministerio y de la Iglesia. El ministerio es débil porque la Iglesia es débil. Y entonces, de nuevo, la Iglesia es mantenida débil por la debilidad del ministerio. ¡Ah, por una convicción de la necesidad de esta investidura de poder y fe en la promesa de Cristo!

Capítulo 5

¿ACASO ES UNA ASEVERACIÓN ÁSPERA?

En un artículo anterior dije que la carencia de una investidura de poder desde lo alto debía considerarse como una descalificación para un pastor, diácono, o anciano, superintendente de escuela dominical, profesor en una universidad cristiana, y especialmente para un profesor en un seminario teológico. ¿Acaso es una aseveración áspera? ¿Acaso es severa? ¿Acaso es injusta? ¿Acaso es irracional? ¿Acaso es no escritural? Supóngase que cualquiera de los apóstoles, o aquellos presentes en el día de Pentecostés, hubieren fallado, a través de la apatía, egoísmo, indolencia, o ignorancia, para obtener esta investidura de poder, ¿acaso hubiera sido severo, injusto, irrazonable, o falto de la escritura, haberle considerado como descalificado para la obra que Cristo le había encomendado?

Cristo les había claramente informado que sin esta investidura no podrían hacer nada. Claramente les había mandado que no intentaran con su propia fuerza, sino que se quedaran en Jerusalén hasta que recibieran el poder necesario desde lo alto. Había claramente prometido que si esperaban, en el sentido que él quería, lo recibirían "dentro de no muchos días". Evidentemente le entendieron y obedecieron para permanecer en el sentido de una espera constante en él en oración y súplica por la bendición. Ahora, supóngase que cualquiera de ellos se hubiera ausentado por atender sus ocupaciones, y esperado la soberanía de Dios que les otorgara ese poder. Desde luego que se les hubiera descalificado para la obra; y si sus colaboradores cristianos que obtuvieron ese poder, lo hubieran considerado así, ¿hubiera sido severo irrazonable y no bíblico?

Y ¿acaso no es verdad de todos a quienes el mandato de discipular al mundo es dado y para quienes la promesa de este poder es hecha, si a través de cualquier desavenencia o falta suya fallan en obtener este don, que son de hecho descalificados para la obra, y especialmente para cualquier puesto oficial? ¿Acaso no son descalificados para el liderazgo en la hueste sacramental? ¿Acaso son maestros calificados de aquellos que va van a hacer la obra? Si es un hecho que les falta ese poder, no obstante que de este defecto den cuenta, es también un hecho que no son maestros calificados de la gente de Dios; y si son vistos que descalifican porque les falta poder, debe ser razonable, correcto y escritural considerarlos así, y por así decir de ellos, tratarlos así. ¿Quién

tiene derecho a quejarse? Seguramente ellos no lo tienen. ¿Se le pondrá la carga a la Iglesia con maestros y líderes que les falta esta calificación fundamental cuando fallan en poseerla? ¿Es su culpa? La apatía, indolencia, ignorancia e incredulidad manifiestas e existentes sobre el tema es verdaderamente sorprendente. Están sin excusa. Deben ser altamente criminales. Con tal mandato para convertir al mundo que les retumba en sus oídos; con esa advertencia de esperar con paciencia, una oración que lucha hasta que recibamos el poder; con una promesa así, hecha por un Salvador, para que persistamos con toda la ayuda que necesitamos de Cristo mismo, ¿qué excusa podemos ofrecer por estar sin poder en esta gran obra? ¡Qué horrible responsabilidad descansa sobre nosotros, sobre la Iglesia, sobre cada cristiano! Uno pudiera preguntar, ¿cómo que apatía, cómo que indolencia, cómo es posible el descuido fatal común, bajo esas circunstancias? Si alguien de los primeros cristianos a quienes se les dio la orden hubiera fallado en recibir este poder, ¿acaso no pensaríamos culparlo grandemente? Si esa falla hubiera sido pecado en él, ¿cuánto más en nosotros con toda la luz de la historia y del hecho ardiendo sobre nosotros que no hubiéramos recibido? Algunos ministros y muchos cristianos tratan este asunto como si fuera a dejarse a la soberanía de Dios, sin ningún esfuerzo persistente para obtener esta investidura. ¿Acaso los primeros cristianos lo entendieron y trataron? Ciertamente no. No descansaron hasta que el bautismo de poder vino sobre ellos. Una vez oí a un ministro predicar sobre el tema del bautismo del Espíritu Santo. Lo trató como una realidad; y cuando vino la pregunta de cómo se obtenía, dijo sinceramente que iba a ser obtenido como los apóstoles lo obtuvieron en el día de Pentecostés. Quedé muy satisfecho y le escuché ansiosamente insistir en la obligación para quienes le oían de no descansar hasta que lo obtuvieran. Pero en esto me desilusioné: pues antes de que se sentara parecía aliviar al público del sentimiento de obligación de obtener el bautismo. Y dejó la impresión que el asunto era para ser dejado a la discreción de Dios, y dijo lo que parecía implicar una censura para aquellos que con vehemencia y persistencia urgían a Dios el cumplimiento de la promesa. Tampoco les sostuvo la certeza de obtener la bendición si cumplían las condiciones. El sermón fue en muchos aspectos bueno, pero creo que el público fue dejado sin un sentimiento de motivación o sentido de obligación para buscar con denuedo el bautismo. Esto es una falla común de los sermones que escucho. Hay mucha instrucción en ellos, pero fallan en dejar un sentimiento de obligación o sentimiento de gran motivación como para usar los medios sobre la congregación. Son grandemente defectivos para finalizar. Tampoco dejan la conciencia bajo presión ni toda la mente bajo el estímulo de esperanza. La doctrina con frecuencia es buena, pero ¿el qué entonces? Es dejado afuera. Muchos ministros y profesantes de religión parecen teorizar, criticar y esforzarse para justificar su descuido de esta obtención. No fue así para los discípulos y otros cristianos. No fue un asunto el cual se esforzaran para agarrarse de sus intelectos antes de abrazarlo con sus corazones. Fue con ellos, como debe ser con

nosotros, un asunto de fe en una promesa. Encuentro a muchas personas esforzándose por agarrar con su intelecto y arreglar como asuntos teóricos de experiencia pura. Se desconciertan con esfuerzos por aprehender con el intelecto aquellos que es recibido como una experiencia consciente a través de la fe.

Hay necesidad de una gran reforma en la Iglesia sobre este punto en particular. Las iglesias deben despertar a los hechos en el caso, y tomar una posición nueva, una postura firme en cuanto a las calificaciones de los ministros y cargos de la Iglesia. Deben rehusar preparar a un hombre como pastor cuyas calificaciones para el cargo en este respecto no están bien satisfechas. Lo que sea que se recomienda de él, si su historial no muestra que tiene esta investidura de poder para ganar almas para Cristo, deben considerarlo como no calificado. Era costumbre de las Iglesias, y creo que todavía en algunos lugares, de presentar un llamado al pastorado, para certificar que, habiendo testificado de los frutos espirituales de su trabajo, lo consideren calificado y llamado de Dios para la obra del ministerio. Las iglesias deben estar bien satisfechas de algún modo de que llaman a un ministro fructífero, y no a un tallo seco --que es puro intelecto, pura cabeza con poco corazón, un escritor elegante, pero sin unción, un gran especialista en lógica, pero de poca fe, uno de imaginación apasionada, podría ser, sin ningún poder del Espíritu Santo.

Las Iglesias deben tener los seminarios teológicos con una responsabilidad estricta en este asunto, y hasta que lo hagan, me temo que los seminarios teológicos nunca despertarán a su responsabilidad. Hace unos años, una rama de la Iglesia escocesa fue tan probada con la carencia de unción y poder en los ministros proporcionados por los seminarios teológicos que pasaron una resolución que hasta que el seminario reformara este aspecto no emplearía ministros que fueran educados ahí. Esto fue una reprensión necesaria, justa, y puntual, la cual creo tuvo un efecto muy saludable. Un seminario teológico debe por todos los medios ser una escuela no sólo por la enseñanza de doctrina, sino también, e incluso más especialmente aún, por el desarrollo de experiencia cristiana. Cierto que el intelecto deba proporcionarse en esas escuelas, pero es mucho más importante que los alumnos deban ser llevados a través de un conocimiento personal de Cristo, y el poder de su resurrección, y la comunión de sus sufrimientos, y ser hecho acorde a su muerte. Un seminario teológico que busca principalmente la cultura y el intelecto, y envía a hombres que les falta esta investidura de poder desde lo alto es una trampa y piedra de tropiezo para la Iglesia. Los seminarios no deben recomendar a nadie a las iglesias, no obstante sus logros intelectuales, a menos que tenga los logros más esenciales, la investidura de poder. Los seminarios deben considerarse incompetentes para educar si son vistos que envían a hombres como ministros que no tienen esta calificación esencial. Las iglesias deben informarse, y ver esos seminarios que proporcionan no

solamente a los más estudiados, sino a los ministros más ungidos y poderosos espiritualmente. Es asombroso que, mientras se admita generalmente que la investidura de poder desde lo alto es una realidad, y esencial para el éxito ministerial, prácticamente deba ser tratada por las iglesias y por las escuelas como comparativamente de poca importancia. En teoría se admite ser todo, pero en práctica se trata como si fuera nada. Desde los apóstoles hasta ahora se ha visto que hombres de poca cultura, pero investidos con este poder, han sido muy exitosos para ganar almas para Cristo, mientras hombres cultos, con todo lo que las escuelas han hecho por ellos, no han tenido poder en cuanto se refiere a la obra apropiada del ministerio. Sin embargo, enfatizamos más sobre la cultura humana que lo que hacemos sobre el bautismo del Espíritu Santo. Prácticamente la cultura humana se trata como infinitamente más importante que la investidura de poder desde lo alto. Los seminarios están llenos de hombres cultos, pero con frecuencia sin hombres con poder espiritual; de ahí, que no insistamos en esta investidura de poder como indispensable para la obra. Los alumnos son presionados con estudio y cultura del intelecto más allá de la resistencia, mientras muy poco tiempo al día se le dedica a la instrucción de la experiencia cristiana. En efecto, no sé qué tanto como un curso de conferencias se imparta sobre experiencia cristiana en seminarios teológicos. Mas la religión es una experiencia. Es un estado consciente. La relación personal con Dios es el secreto del todo de ello. Hay un mundo del aprendizaje más esencial en esta dirección totalmente descuidado por los seminarios teológicos. Con ellos doctrina, filosofía, teología, historia de la Iglesia, dar sermones, son todo, y nada de una unión real de corazón con Dios. El poder espiritual para prevalecer con Dios y prevalecer con los hombres tiene un lugar mínimo en su enseñanza. Con frecuencia se me ha sorprendido el juicio que los hombres forman en cuanto a la utilidad prospectiva de los jóvenes que se preparan para el ministerio. Incluso profesores son muy aptos, veo yo, para engañarse a sí mismos en este tema. Si un joven es un buen erudito, un buen escritor, tiene un buen desempeño en exégesis, y posee una vasta cultura intelectual, se tiene muchas esperanzas en él, aunque se deba saber que en muchos casos no pueden orar; que no tienen unción, ningún poder en oración, ningún espíritu de lucha, de agonizar y prevalecer en Dios. No obstante se espera de ellos, por su cultura, que sobresalgan en el ministerio para ser altamente útiles. De mi parte, no espero tal cosa de esta clase de hombres. Tengo infinitamente más esperanza de la utilidad de un hombre que, a cualquier costo, llevará una comunión diaria con Dios; quien ansía y lucha por el logro espiritual más alto; de que quien no viva sin una oración diaria prevaleciente y no sea revestido con poder desde lo alto. Las iglesias, presbíteros, asociaciones, que otorgan licencia a jóvenes para el ministerio, están con frecuencia faltos en este aspecto. Pasarán horas en informarse ellos mismos de cultura intelectual de los candidatos, pero escasos minutos en cerciorarse sobre su cultura de corazón, y lo que saben del poder de Cristo para salvarlos del pecado, lo

que saben del poder de la oración, y hasta dónde son investidos con poder desde lo alto para ganar almas para Cristo. Todo el procedimiento en tales ocasiones no puede más que dejar la impresión de que el aprendizaje humano se prefiere sobre la unción espiritual. ¡Ah! si aquello fuera diferente, y que todos estuviéramos de acuerdo, prácticamente de ahora y para siempre, agarrarnos de la promesa de Cristo, y nunca pensar de nosotros mismos o alguien más de estar aptos para la gran obra de la Iglesia hasta que hayamos recibido una investidura rica de poder desde lo alto. Les pido a mis hermanos, especialmente a mis hermanos jóvenes, que no conciban estos artículos como escritos en un reproche espiritual. Les pido a las iglesias, les pido a los seminarios, recibir una palabra de exhortación de un anciano quien ha tenido experiencia en estas coas, y cuyo corazón se lamenta y está acongojado en vista de las desavenencias de la Iglesia, los ministros y los seminarios sobre el tema. Hermanos, les ruego consideren más estrictamente este asunto, que despierten y lo pongan en su corazón, y nos descansen hasta que este asunto de la investidura de poder desde lo alto sea llevado a su lugar apropiado, y que tome esa posición prominente y práctica en vista de toda la Iglesia como Cristo planeó que fuera así.

Capítulo 6

La Oración Prevaleciente

La oración prevaleciente es aquella que asegura una respuesta. Decir oraciones no es ofrecer oración que prevalece. La oración prevaleciente no depende tanto de la cantidad sino de la calidad. La mejor manera de abordar el tema es relacionarlo con un hecho ocurrido en mi propia vida antes de convertirme. Lo relaciono porque sé que este tipo de experiencias son muy comunes entre los hombres inconversos.

No recuerdo haber asistido a ninguna reunión de oración hasta después de haber comenzado a estudiar leyes. Luego por primera vez, vivía en un vecindario donde tenían una reunión de oración semanal. Yo no conocía ni había escuchado mucho acerca de la religión y mucho menos tenia formuladas algunas opiniones sobre la misma. En parte por curiosidad y en parte por mi inquietud mental sobre tema, que no podía definir bien, comencé a asistir a la reunión de oración. Durante ese mismo tiempo compré mi primera Biblia y comencé a leerla. Escuchaba esas oraciones que ofrecían en esas reuniones con toda la atención que yo podía prestarles: oraciones frías y formales. En cada oración ellos oraban por el don y el derramamiento del Espíritu Santo. Tanto en sus oraciones como en sus comentarios, que en ocasiones eran dispersos, ellos reconocían que no prevalecían en Dios. Esto era muy evidente y casi me hace un escéptico.

Al verme tan frecuentemente en sus reuniones de oración el líder en una ocasión me preguntó si no deseaba que oraran por mí. Yo respondí: "No." Les dije: "Supongo que necesito que oren por mí, pero sus oraciones no están siendo contestadas. Ustedes mismos lo confiesan." Luego expresé mi asombro, en perspectiva de lo que la Biblia dice acerca de la oración que prevalece. De hecho, por algún tiempo mi mente había estado perpleja y en duda al ver las enseñanzas de Cristo sobre el tema de la oración y los hechos manifestados frente a mí semana tras semana en estas reuniones de oración. ¿Era Cristo un maestro divino? ¿Enseñó lo que los evangelios le atribuyen? ¿Lo que decía lo decía con sinceridad? ¿Realmente la oración es útil para asegurar las bendiciones de Dios? Si era así, ¿qué debía pensar yo sobre lo que estaba observando semana tras semana y mes tras mes en

esas reuniones de oración? ¿Eran verdaderamente cristianos? ¿Era verdadera oración, según la Biblia, lo que yo escuchaba? ¿Era la oración que Cristo había prometido que contestaría? Aquí encontré la solución.

Yo llegué a estar convencido que ellos estaban bajo una ilusión; que ellos no prevalecían porque no tenían el derecho de prevalecer. No estaban cumpliendo las condiciones sobre las cuales Dios había prometido que escucharía sus oraciones. Sus oraciones eran las oraciones que Dios habría dicho que no respondería. Era evidente que ellos estaban pasando por alto el hecho de que se encontraban ante el peligro de terminar en escepticismo con relación al valor de la oración.

Al leer mi Biblia, me di cuenta de ciertas condiciones reveladas que son las siguientes:

a) Fe en Dios como quien responde la oración. Es claro que esto envuelve la expectativa de recibir lo que pedimos.

b) Otra condición revelada es pedir de acuerdo con la voluntad revelada de Dios. Esto sencillamente implica pedir no sólo por tales cosas como si Dios estuviese dispuesto a darlas, sino también pedir en un estado de mente que Dios pueda aceptar. Me temo que es común para quienes profesan el cristianismo el pasar por alto el estado de la mente, el cual Dios requiere como una condición para contestar sus oraciones.

Por ejemplo: al ofrecer el Padre Nuestro "venga tu reino", es claro que la sinceridad es una condición para prevalecer con Dios. Pero la sinceridad al ofrecer esta petición implica todo el corazón y una vida de devoción de parte del que hace la oración, para edificar el reino. Esto implica una sinceridad y completa consagración en todo lo que tenemos y todo lo que somos para este fin. Pronunciar esta petición en cualquier otro estado de mente, envuelve hipocresía y es una abominación.

En la próxima petición, "Hágase tu voluntad en la tierra así como en el cielo", Dios no ha prometido escuchar esta petición a menos que se ofrezca sinceramente. Pero la sinceridad implica un estado de mente que acepta toda la voluntad revelada de Dios, hasta donde nosotros podamos entender, tal como se acepta en el cielo. Esto implica una obediencia amorosa, confiada, universal a toda la voluntad conocida de Dios, ya sea revelada por su Palabra, por su Espíritu o en su Providencia. Esto implica que disponemos todo lo que somos y todo lo que tenemos, y estamos absoluta y cordialmente a la disposición de Dios como lo están los habitantes del cielo. Si nos quedamos cortos en esto, reteniendo para nosotros mismos, algo que le pertenece a Dios, estamos "guardando iniquidad en nuestros corazones", y Dios no nos va a escuchar.

La sinceridad al ofrecer esta petición implica un estado total de consagración universal a Dios. Cualquier cosa menos que esto es retener algo que le pertenece a Dios. Es "apartar nuestros oídos para no escuchar la ley". ¿Pero qué dicen las escrituras? "El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable". ¿Entienden esto los que profesan el cristianismo?

Lo que es verdad acerca de ofrecer estas dos peticiones es también en cuanto a toda oración. ¿Llevan esto los cristianos en su corazón?, ¿consideran ellos que toda oración que no se ofrece en un estado de completa consagración de todo lo que tenemos y lo que somos a Dios es una abominación? Si nosotros no nos ofrecemos en oración, con todo lo que tenemos; si no estamos en un estado de mente que cordialmente se acepta y se conforma perfectamente a toda la voluntad de Dios, nuestra oración es una abominación. Cuán profano es el uso que se hace frecuentemente del Padre nuestro, tanto en público como en privado. Es impactante y repugnante escuchar a hombres y mujeres decir el Padre Nuestro, "venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra así como en el cielo", mientras sus vidas en nada están conformadas a la voluntad conocida de Dios. Al escuchar un hombre orar "venga tu reino", mientras es evidente que está haciendo un pequeño o ningún sacrificio o esfuerzo para promover su reino, nos lleva a convencernos de su hipocresía. Esta no es una oración que prevalece.

c) El no ser egoísta es una condición de la oración que prevalece. "Pedid, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites" (Santiago 4:3).

d) Otra condición para la oración que prevalece es la conciencia libre de ofensas hacia Dios y hacia los hombres. 1 Juan 3:20-22: "pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él". Hay dos cosas muy claras aquí. Primero, que para prevalecer con Dios, debemos mantener una conciencia limpia, y segundo, debemos guardar sus mandamientos y hacer aquellas cosas agradables ante sus ojos.

e) Un corazón puro es también una condición para la oración que prevalece. Salmo 66:18: "Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, El Señor no me habría escuchado".

f) Toda confesión y restitución a Dios y al hombre es otra condición de la oración que prevalece. Proverbios 28:13: "El que encubre sus pecados no prosperará; Mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia".

g) Manos limpias es otra condición. Salmo 26:6: "Lavaré en inocencia mis manos, Y así andaré alrededor de tu altar, oh Jehová". 1 Timoteo 2:8: "Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda".

h) Resolver toda disputa y animosidad entre los hermanos es una condición. Mateo 5:23,24: "por tanto si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del Señor, y anda, reconcíliate primero con tu hermano y entonces ven y presenta tu ofrenda".

i) La humildad es otra condición de la oración que prevalece. Santiago 4:6: "Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes".

j) Remover todo tropiezo es otra condición. Ezequiel 14:3: "Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón, y han establecido el tropiezo de su maldad delante de su rostro. ¿Acaso he de ser yo en modo alguno consultado por ellos?"

k) Un espíritu perdonador es una condición. Mateo 6:12: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores"; versículo 15: "más si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonara vuestras ofensas".

l) El ejercicio de un espíritu veraz es una condición. Salmo 51:6: "He aquí tú amas la verdad en lo íntimo." Si el corazón no está en un estado de verdad, si no es completamente sincero y no es egoísta, tendríamos iniquidad en nuestros corazones, y por lo tanto, el señor no nos escuchará.

m) Orar en el nombre de Cristo es una condición para la oración que prevalece.

n) La inspiración del Espíritu Santo es otra condición. Toda verdadera oración que prevalece es inspirada por el Espíritu Santo. Romanos 8:26,27: "Pues que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de

Dios intercede por los santos". Éste es el verdadero espíritu de la oración, esto es ser guiados por el Espíritu en la oración. Es la única oración verdadera que prevalece. ¿Entienden esto verdaderamente lo que profesan el cristianismo? ¿Creen ellos que a menos que vivan y caminen en el Espíritu, y que sean enseñados a como orar de acuerdo con la intercesión del Espíritu por ellos, no podrán prevalecer en Dios?

o) El fervor es una condición. Una oración para prevalecer tiene que ser ferviente. Santiago 5:16: "Confiésense los pecados unos a otros y oren los unos por los otros, para que sean sanados. La oración ferviente de una persona justa tiene mucho poder y da resultados maravillosos" (Nueva Traducción Viviente).

p) La perseverancia o persistencia en oración es a menudo una condición para prevalecer. Vea el caso de Jacob, de Daniel, de Elías, de la mujer sirofenicia, del juez injusto y de las enseñanzas de la Biblia en general.

q) Padecer en el alma es a menudo una condición para la oración que prevalece. "Pues en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz sus hijos " "Hijitos", dijo Pablo, "por quien he padecido dolores de parto, para que Cristo sea formado en vosotros". Esto implica que había padecido por ellos antes de que se convirtiesen. Padecer en el alma orando es la única verdadera oración de avivamiento. El que no conoce lo que es esto, no entiende el espíritu de oración. Éste no está en un estado de avivamiento. Tampoco entendería el pasaje de la escritura ya citado Romanos 8:26-27. Hasta que entienda esta oración agonizante, no va a conocer el verdadero secreto del poder del avivamiento.

r) Otra condición de la oración que prevalece es el uso consistente de los medios para asegurar el objeto por el cual se está orando si estos medios están a nuestro alcance y son conocidos por nosotros como necesarios para asegurar el fin. El orar por un avivamiento de religión, y no utilizar otros medios, es tentar a Dios. Esto lo puedo ver claramente en el caso de aquellos que ofrecieron oración en la reunión de la cual les he hablado. Continuaron ofreciendo oración por un avivamiento de religión, pero fuera de la reunión estaban en silencio y como muertos en cuanto al tema, y nunca abrieron sus bocas para hablares aquellos que les rodeaban. Continuaron esta inconsistencia hasta que un hombre impenitente y prominente de la comunidad les reprendió terriblemente en mi presencia. Les expresó justo lo que yo sentía profundamente dentro de mí. Se levantó y con gran solemnidad y tristeza dijo: "pueblo cristiano, ¿qué quieren decir? Continúan orando en estas reuniones por un avivamiento de religión. A menudo se exhortan unos a los otros para despertarse y utilizan medios para promover un avivamiento, ustedes mismos se aseguran y nos

aseguran a nosotros los que somos impenitentes que vamos en camino al infierno; y yo lo creo. También insisten que si despertamos y usamos los medios apropiados, habrá avivamiento y nos convertiremos. Ustedes nos hablan del gran peligro en el cual nos encontramos y que nuestras almas valen más que todos los mundos y aun así se mantienen utilizando sus métodos insignificantes y no utilizan ningún otro medio. No tenemos ningún avivamiento y nuestras almas no son salvas". Aquí el calló en su asiento quebrantado y sollozando. Esta reprimenda cayó fuerte sobre aquella reunión de oración, tal como lo recuerdo. Les hizo bien, porque no pasó mucho tiempo cuando los miembros de esa reunión de oración se quebrantaron y tuvieron un avivamiento. Yo estuve presente en la primera reunión en la cual el avivamiento del Espíritu fue manifiesto. Oh! Cuánto cambió el tono de su oración, confesión y suplicas. Yo le comenté a un amigo de regreso a casa: "qué cambio ha venido sobre estos cristianos; éste tiene que ser el comienzo de un avivamiento". Sí, un cambio maravilloso viene sobre toda reunión, donde el pueblo cristiano experimenta un avivamiento, entonces sus confesiones tienen significado. Significa reformación y restitución.

s) La oración que prevalece es específica. Es ofrecida por un motivo definido. No podemos prevalecer por todas las cosas al mismo tiempo. En todos los casos que se registran en la Biblia donde la oración es contestada es notable que el que hace la petición oró por un objetivo definido.

t) Otra condición de la oración que prevalece es que seamos sinceros cuando presentamos nuestra oración; no hagamos falsas pretensiones y que seamos como un niño, sincero que habla su corazón, nada de más o nada de menos de lo que queremos decir, lo que sentimos y lo que creemos.

u) Otra condición para la oración que prevalece es un estado de mente que asume una fe buena en Dios y todas sus promesas.

v) Otra condición es "ser vigilantes en oración" al igual que "orar en el espíritu". Lo que quiero decir con esto es cuidar y proteger contra aquello que contrista y hiere al Espíritu de Dios en nuestros corazones. También estar vigilantes para la respuesta, en un estado de mente que diligentemente va a usar todos los medios necesarios sin importar el costo y va a añadir súplica tras suplica.

Cuando la tierra que está en barbecho es abierta en el corazón de los cristianos, cuando han confesado y hecho restitución --si la obra es completa y honesta-- ellos natural e inevitablemente cumplirán con las condiciones, y prevalecerán en sus oraciones. Pero no se puede distintivamente entender que otros no lo harán. Lo que comúnmente escuchamos en las oraciones y reuniones no es

oración que prevalece. A menudo es asombroso y lamentable ser testigo de las ilusiones que prevalecen sobre el tema. Aquel que ha sido testigo de avivamientos reales ha sido impactado con el cambio que viene sobre todo el espíritu y la forma de oración de cristianos verdaderamente avivados. Yo no pienso que yo me hubiese convertido si no hubiese encontrado la respuesta y la solución a la pregunta: "¿Por qué mucho de lo que llamamos oración no es contestada?

Capítulo 7

CÓMO GANAR ALMAS

"Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren." --1 Timoteo 4:16.

En este artículo sugiero a mis hermanos más jóvenes en el ministerio algunos pensamientos sobre la filosofía de predicar el evangelio para asegurar la salvación de las almas. Son el resultado de mucho estudio, oración para la enseñanza divina y experiencia práctica de muchos años.

Entiendo la amonestación en el encabezado de este artículo para relacionar el asunto, orden, y manera de predicar.

El problema, ¿cómo ganaremos almas totalmente para Cristo? Ciertamente debemos ganarlas.

1. Son agentes morales, desde luego, racionales y con responsabilidad.

2. Están en rebelión contra Dios, intensamente perjudicados, entregados, totalmente enemistados contra Dios.

3. Están entregados a la gratificación de sí mismos como el fin de su ser.

4. Este estado de entrega es depravación moral, la fuente de pecado dentro de ellos, de la cual fluyen por una ley natural todos sus caminos pecaminosos. Este estado entregado voluntario es su "corazón malvado". Esto necesita un cambio radical.

5. Dios es infinitamente benevolente, los pecadores inconversos son supremamente egoístas, de modo que están radicalmente en oposición a Dios. Su entrega a la gratificación de sus apetitos y propensiones es conocida en lenguaje de la Biblia como los "designios de la carne"; o como al margen, "en pos de la carne", lo cual es enemistad contra Dios.

6. Esta enemistad es voluntaria y debe ser vencida, si del todo, por la palabra de Dios, hecha efectiva por la enseñanza del Espíritu Santo.

7. El evangelio está adaptado para este fin, y cuando se presenta sabiamente se puede esperar confiados en la cooperación efectiva del Espíritu Santo. Esto está implícito en la comisión, "id, y haced discípulos a todas las naciones… y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

8. Si somos imprudentes, ilógicos y poco filosóficos, y estamos fuera de todo orden natural al presentar el evangelio, no tenemos garantía para esperar la cooperación divina.

9. En ganar almas, como en todo lo demás, Dios obra a través y de acuerdo con las leyes naturales. De ahí si ganamos almas debemos sabiamente adaptar los medios para este fin. Debemos presentar aquellas verdades y en ese orden adaptadas a las leyes naturales de la mente, de pensamiento, y acción mental. Una filosofía mental falsa grandemente nos descarriará y con frecuencia nos encontraremos trabajando con ignorancia contra la agencia del Espíritu Santo.

10. Los pecadores deben ser redargüidos de su enemistad. No conocen a Dios, y como consecuencia son con frecuencia ignorantes de la oposición de sus corazones hacia él. "Por medio de la ley es el conocimiento del pecado", porque por la ley el pecador obtiene su primera idea verdadera de Dios. Por la ley primero aprender que Dios es perfectamente benevolente y que está infinitamente opuesto a todo egoísmo. Esta ley, entonces, debe ser revestida de toda su majestad contra el egoísmo y enemistad del pecador.

11. Esta ley lleva convicción irresistible de su rectitud y ningún agente moral puede dudarlo.

12. Todos los hombres saben que han pecado, pero no todos son redargüidos de su culpa y desmerecimiento de pecado. Muchos son despreocupados y no sienten la carga del pecado, los horrores y terrores del remordimiento y no tienen sentido de condenación y de estar perdidos.

13. Pero sin esto ellos no pueden entender o apreciar el método del evangelio de salvación. Uno no puede inteligente y sinceramente pedir o aceptar un indulto hasta que vea y sienta el hecho y justicia de su condenación.

14. Es absurdo suponer que un pecador negligente y sin ser redargüido pueda inteligente y agradecidamente aceptar el ofrecimiento del evangelio de indulto hasta que acepte la rectitud de Dios en su condenación. La conversión a Cristo es un cambio inteligente. De ahí que la convicción del desmerecimiento deba preceder la aceptación de la misericordia, pues sin esta convicción el alma no entiende s necesidad de misericordia. Desde luego, el ofrecimiento es rechazado. El evangelio no es buena nueva al pecador negligente y sin ser redargüido.

15. La espiritualidad de la ley debe ser aplicada profusamente a la conciencia hasta que la actitud santurrona del pecador sea aniquilada y esté él de pie sin decir nada y con condenación de sí mismo ante un Dios santo.

16. En algunos hombres esta convicción está madura, y el predicador puede de inmediato presentar a Cristo con la esperanza de que su ser sea aceptado, pero en momentos normales tales casos son excepcionales. Las grandes masas de pecadores son descuidados, están sin redargüir, y el asumir su convicción y preparación para recibir a Cristo, y de ahí, urgir a los pecadores de aceptarlo inmediatamente, es empezar en el fin incorrecto de nuestra obra --considerar nuestra enseñanza inteligible. Y tal curso se encontrará estar errado, cual sea lo que pudieran indicar las apariencias presentes y profesiones. El pecador puede obtener una esperanza bajo tal enseñanza, pero si Espíritu Santo no suple algo por el que el predicador haya fallado hacer, será falsa. Todas las ligas esenciales de la verdad deben ser suplidas.

17. Cuando la ley haya hecho su obra, la santurronería aniquilada, y callado el pecador para aceptar la misericordia, se le debe hacer entender la delicadeza y peligro de dispensar la ejecución de la pena cuando el precepto de ley ha sido violado.

18. Ahí mismo al pecador se le debe hacer entender que desde la benevolencia de Dios que no puede justamente inferir que Dios puede consistentemente perdonarlo. Pues al menos que la justicia pública sea satisfecha, la ley de la benevolencia universal prohíbe el perdón de los pecados. Si la justicia pública no es considerada en el ejercicio de la misericordia, el bien del público es sacrificado para ese individuo. Dios nunca hará eso.

19. Esta enseñanza callará al pecador para que busque una ofrenda para la justicia pública.

20. Ahora denle la expiación como un hecho revelado, y háganlo callar para Cristo como su propia ofrenda de pecado. Apresuren el hecho revelado de que Dios ha aceptado la muerte de Cristo como un sustituto para la muerte del pecador y que esto sea recibido en testimonio de Dios.

21. Estar ya estrujado en contrición por el poder que redarguye de la ley, la revelación del amor de Dios manifiesta en la muerte de Cristo naturalmente causará gran repugnancia de sí mismo, y esa gran tristeza según la voluntad de Dios de la que no necesita arrepentirse. Bajo esta muestra el pecador nunca podrá perdonarse a sí mismo. Dios es santo y glorioso, y él un pecador, salvado por la gracia soberana. Esta enseñanza puede ser más o menos formal como las almas a las que se dirijan sean más o menos reflexivas, inteligentes y cuidadosas para entender.

22. No fue por accidente que la dispensación de la ley precedió la dispensación de la gracia, sino es en el orden natural de las cosas, de acuerdo con las leyes mentales establecidas, y para siempre la ley debe preparar el camino para el evangelio. Pasar por alto esto en instruir a las almas es casi seguro que resulta en esperanza falsa, la introducción de una patrón falso de experiencia cristiana, y llenar la iglesia con convertidos espurios. El tiempo hará esto comprensible.

23. La verdad debe ser predicada para las personas presentes, y así personalmente aplicada como para compeler a todos a sentir que la quieren. Como se ha dicho a menudo de cierto predicador: "no predica sino explica lo que otros predican y parece estar hablándome directamente".

24. Este curso cautivará a la atención y causara a quienes escuchan de perder de vista la duración de su sermón. Se cansarán si no sienten ningún interés personal en lo que dicen. Para asegurar el interés individual en lo que ustedes dicen es condición indispensable de su ser convertirse. Y mientras su interés individual es despertado, y se adentran al tema, rara vez se quejarán de la duración de nuestros sermón. En casi todos los casos, si la gente se queja de la duración de nuestros sermones, es porque fallamos en hacerlos interesarse personalmente en lo que decimos.

25. Si fallamos en que se interesen personalmente, es porque no nos dirigimos a ellos personalmente, o porque nos falta unción y ahínco, o porque nos falta claridad y fuerza, o ciertamente porque nos falta algo que debamos poseer. Hacerles sentir que nosotros y que Dios los quiere es indispensable.

26. No piensen que la piedad ferviente por sí sola puede hacerlos exitosos en ganar almas. Esto es sólo una condición del éxito. Debe haber sentido común, sabiduría espiritual en adaptar los medios para el fin. El asunto y la manera, orden y tiempo y lugar todos necesitan ajustarse sabiamente para el fin que tenemos a la vista.

27. Dios puede a veces convertir almas por hombres que no son espiritualmente entendidos, cuando poseen esa sagacidad natural que les permite adaptar medios para ese fin, pero la Biblia nos advierte en afirmar que estos son casos excepcionales. Sin esta sagacidad y adaptación de los medios para este fin una mente espiritual fracasará en ganar almas para Cristo.

28. Las almas necesitan instrucción según la medida de inteligencia. Unas cuantas verdades simples, cuando se aplican sabiamente y son iluminadas por el Espíritu Santo, convertirá hijos para Cristo. Digo sabiamente aplicada, pues son también pecadores, y la necesitan la aplicación de la ley, como un director de escuela, llevarlos a Cristo, que puedan ser justificados por fe. Tarde o temprano aparecerá que las conversiones supuestas para Cristo son espurias donde la obra preparatoria de la ley ha sido omitida, y Cristo no ha sido abrazado como un Salvador de pecado y condenación.

29. Los pecadores con educación y cultura, que, después de todo, sus corazones son escépticos y están sin convicción, necesitan una aplicación más vasta y exhaustiva de la verdad. Los hombres profesionistas necesitan que la red evangelio sea echada alrededor de ellos, sin ningún hueco por donde se puedan escapar, y cuando son tratados, son los más seguros en convertirse en proporción a su inteligencia real. He visto que un curso de conferencias dirigidas a abogados, y adaptada a sus hábitos de pensamiento y razonamiento, muy seguramente los convierte.

30. Para ser exitosos en ganar almas, necesitamos estar observando, estudiar el carácter individual, enfatizar los hechos de experiencia, observación, y relevación en las conciencias de todas las clases.

31. Asegúrense de explicar los términos que utilicen. Antes de que me convirtiera, fallé en escuchar los términos de arrepentimiento, fe, regeneración, y conversión inteligiblemente explicados. El arrepentimiento se describía como un sentimiento. La fe se representaba como un acto o estado intelectual y no como un acto voluntario de confianza. La regeneración se describía como un cambio físico en la naturaleza, producida por el poder directo del Espíritu Santo, en vez de un cambio voluntario de preferencia máxima del alma, producida por la iluminación de Espíritu Santo. Incluso la conversión se representaba como que era

la obra del Espíritu Santo en un sentido tal como para cubrir el hecho de que es el acto mismo del pecador bajo persuasiones del Espíritu Santo.

32. Insistir en el hecho de que el arrepentimiento involucra la renuncia actual y voluntaria de todo pecado, que es un cambio radical de mente hacia Dios.

33. También el hecho de que la fe salvadora es confianza de corazón en Cristo; que opera por amor, purifica el corazón, y vence al mundo, que ninguna fe es salvadora que no tenga estos atributos.

34. Se requiere al pecador que ponga por delante actos mentales. Necesita entender lo que son éstos. El error en la filosofía mental avergüenza y puede engañar fatalmente al alma que inquiere. Los pecadores con frecuencia son puestos por el camino equivocado. Son puestos en un modo para sentir en vez de poner por delante los hechos requeridos de la voluntad. Antes de mi conversión nunca recibí del hombre ninguna idea inteligible de los actos mentales que Dios requería de mí.

35. El engaño del pecado presenta al alma que inquiere excesivamente expuesta a la decepción; por tanto, corresponde a los maestros andar con rodeos y buscar en cada rincón y escondrijo donde un alma puede encontrar un refugio falso. Ser muy exhaustivo y discriminar para considerarlo como casi imposible en tanto la naturaleza del caso admita que quien inquiere deba tener una esperanza falsa.

36. No teman ser exhaustivos. No pongan a través de una piedad falsa una plasta de yeso donde se necesita sondear. No teman desanimar al pecador, y volverlo atrás al escudriñarlo hasta el fondo. Si el Espíritu Santo está tratando con él, mientras más busquen y sondeen, menos probable será para el alma que vuelva o descanse en pecado.

37. Si salvan un alma, no dispensen una mano derecha, ojo derecho, o cualquier ídolo querido, sino vean que se rinde cada forma de pecado. Insistan en la confesión del mal a todo aquello que tiene un derecho a la confesión. Insistan en la restitución plena, en lo posible, para todas las partes lastimadas. No dejen de expresar las enseñanzas de Cristo en este asunto. Quien sea el pecador, que entienda claramente que si no abandona todo eso no puede ser discípulo de Cristo. Insistan en la consagración total y universal para Dios de todos los poderes del cuerpo y mente, y de toda propiedad y pertenencias, carácter e influencia. Insistan en el abandono total para Dios de toda propiedad del yo, o de cualquier cosa, como una condición de ser aceptado.

38. Entiendan, y si es posible, hagan al pecador entender, que nada menos que esto está involucrado en la fe verdadera o arrepentimiento verdadero, y que la verdadera consagración los involucra a todos.

39. Mantengan constantemente ante la mente del pecador que es el Cristo personal con quien está tratando, que Dios en Cristo está buscando su reconciliación con Él, y que la condición de su reconciliación es que ceda su voluntad y todo su ser a Dios --que no dejará "ni una sola pezuña".

40. Asegúrenle que "Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo"; que Cristo "ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención"; y que del primero al último va a encontrar toda su salvación en Cristo.

41. Cuando estén satisfechos que el alma inteligentemente recibe toda esta doctrina y Cristo es revelado, entonces recuérdese que se debe permanecer hasta el fin, como la condición ulterior de salvación. Aquí tienen ante ustedes la gran obra de prevenir al alma de apostasía, de asegurar su santificación y sello permanentes para gloria eterna.

42. ¿Acaso no es muy común que el corazón apóstata de convertidos indique un defecto grave en las enseñanzas del púlpito sobre este tema?

¿Qué quiere decir que muchos convertidos esperanzados, dentro de unos meses de su conversión aparente pierdan su primer amor, pierdan su fervor en la religión, descuiden su deber y vivan del nombre de cristianos, pero en espíritu y vida mundanos?

43. Un verdadero predicador exitoso no sólo debe ganar almas para Cristo, sino mantenerlas ganadas. No sólo debe asegurar su conversión, sino su santificación permanente.

44. Nada en la Biblia está más expresamente prometido en esta vida que la santificación permanente. "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará". Esto es sin duda una oración del apóstol por la santificación permanente en esta vida, con una promesa expresa que quien nos ha llamado lo hará.

45. Aprendemos por las escrituras que "después que creemos", somos, o podemos ser, sellados con el Espíritu Santo de la promesa, y que este sello es las arras de nuestra salvación. Efesios 1:13-14: "En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria". Este sello, estas arras de nuestra herencia, es lo que hace segura nuestra salvación. De ahí, en Efesios 4:30, el apóstol dice: "Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención". Y en 2 de Corintios 1:21-22 el apóstol dice: "Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones". Por tanto, somos establecidos en Cristo y ungidos por su Espíritu, y también sellados por las arras del Espíritu en nuestros corazones. Y esto, recuérdese, es una bendición que recibamos después de que creemos, como Pablo nos informa en su epístola a los Efesios arriba citada. Ahora es de primordial importancia que a los convertidos se les enseñe a no escatimar esta santificación permanente, este sello, este ser establecidos en Cristo por la unción especial del Espíritu Santo.

46. Ahora, hermanos, si no sabemos qué significa esto por nuestra propia experiencia, y lleva a los convertidos a esta experiencia, fracasamos muy lamentable y esencialmente en nuestra enseñanza. Dejamos fuera lo más distinguido y pleno del evangelio.

47. Debe entenderse que mientras esta experiencia es rara entre los ministros, será desacreditada por las iglesias, y será próxima a imposible para que un predicador aislado de esta doctrina venza la incredulidad de su Iglesia. Se sentirán dudosos al respecto porque muy pocos la predican o creen en ella y darán razón de la insistencia de su pastor en ella al decir que su experiencia se debe a su temperamento peculiar, y de ahí que fallen en recibir la unción debido a su incredulidad. Bajo tales circunstancias es muy necesario insistir mucho en la importancia y privilegio de la santificación permanente.

48. El pecado consiste en "disposición carnal" en hacer "la voluntad de la carne y de los pensamientos". La santificación permanente consiste en consagración total y permanente a Dios. Implica rehusar obedecer los deseos de la carne o de los pensamientos. El bautismo, o el sello del Espíritu Santo, somete el poder de los deseos, y fortalece y confirma la voluntad en resistir el impulso del deseo, y en habitar permanentemente en un estado de hacer todo el ser una ofrenda a Dios.

49. Si somos silenciados en este tema, la inferencia natural será que no creemos en él, y desde luego, que no sabemos nada al respecto en experiencia. Esto inevitablemente será una piedra de tropiezo para la Iglesia.

50. Ya que esto es innegablemente una doctrina importante, y enseñada claramente en el evangelio, y es en efecto la grosura y esencia del evangelio, fracasar en enseñar esto es robar a la Iglesia de su herencia más rica.

51. El testimonio de la Iglesia, en gran parte del ministerio, sobre el asunto ha sido lamentablemente defectivo. Este legado ha sido detenido desde la Iglesia y ¿acaso es de maravillarse que apostate ignominiosamente? El testimonio de los comparativamente pocos, aquí y allá, que insistan en esta doctrina es casi nulificado por el testimonio opuesto o silencio culpable de la gran masa de los testigos de Cristo.

52. Mis queridos hermanos, mis convicciones están tan maduras y mis sentimientos tan en acción sobre el tema que debo ocultar de ustedes mis temores que la falta de experiencia personal, en muchos casos, es la razón de este gran defecto en predicar el evangelio. No digo esto para reprocharles; no está en mi corazón hacerlo. No de maravillarse que muchos de ustedes, por lo menos, no tienen esta experiencia. Su entrenamiento religioso ha sido defectuoso. Han sido llevados a tomar diferentes posturas de este tema. Varias causas han operado para perjudicarlos contra esta bendita doctrina del evangelio glorioso. No la han creído intelectualmente; y desde luego, no han recibido a Cristo en su plenitud en sus corazones. Quizá esta doctrina para ustedes ha sido una piedra de tropiezo y una roca de ofensa, pero les pido que no dejen que el prejuicio prevalezca, sino arriésguense con Cristo por una aceptación presente de él como su sabiduría, justicia, santificación y redención, y vean si no hará por ustedes con excesiva abundancia todo lo que han pedido o pensado.

53. Ningún hombre, santo o pecador, debe ser dejado por nosotros para descansar o estar quieto en la indulgencia de cualquier pecado. A nadie se le debe permitir tener la esperanza del cielo, si podemos prevenirlo, quien viva en la indulgencia de pecado sabido de cualquier forma. Nuestra demanda y persuasión constante debe ser, "Sed santos, porque yo soy santo" "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". Recuérdese que la manera en que Cristo concluye su memorable sermón del monte. Después de propagar aquellas verdades penetrantes e impresionantes ante quienes lo escuchaban, y demandar que ellos fueran perfectos, como su padre celestial era perfecto, concluye al asegurarles que nadie podía ser salvo quien no recibiera y obedeciera sus enseñanzas. En vez de intentar agradar a nuestra gente en sus pecados, debemos seguir con el intento de descubrir y hacerles ver sus pecados. Hermanos, hagámoslo, para que nuestras vestiduras no se ensucien con su sangre. Si buscamos este curso y predicamos constantemente con unción y poder, y permanecemos en la plenitud de la doctrina de Cristo, con alegría esperaremos salvarnos y a ellos quienes nos oyen.

Capítulo 8

PREDICADOR, SÁLVATE A TI MISMO

"Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren" 1 Timoteo 4:16.

No voy a predicar a los predicadores, sino a sugerir ciertas condiciones sobre las cuales la salvación prometida en este texto puede ser asegurada por ellos.

1. Vean que están restringidos por el amor para predicar el evangelio como Cristo iba a proporcionar un evangelio,

2. Vean que tengan la investidura especial de poder desde lo alto por el bautismo del Espíritu Santo.

3. Vean que tengan un corazón y no solamente una cabeza llamados para realizar la predicación del evangelio. Por esto quiero decir, sean sinceros y muy intensamente inclinados a buscar la salvación de las almas como la gran obra de vida y no emprendan lo que no tengan corazón.

4. Constantemente manténganse cerca de caminar con Dios.

5. Hagan de la Biblia su libro de libros. Estúdienla mucho, sobre sus rodillas, esperando la luz divina.

6. Tengan cuidado de inclinarse hacia comentarios. Consúltenlos cuando sea conveniente, pero juzguen por ustedes mismos a la luz de Espíritu Santo.

7. Manténganse puros --en voluntad, pensamiento, sentimiento, en palabra y acción.

8. Contemplen mucho de la culpa y peligro de los pecadores, que el celo de ustedes para la salvación de ellos pueda ser intensificado.

9. También profundamente ponderen y habiten mucho en el amor y compasión sin ataduras de Cristo para ellos.

10. Ámenlos tanto como a ustedes mismos como para estar dispuestos a morir por ellos.

11. Denles su más intenso pensamiento para el estudio de las maneras y los medios por las que pueden salvarlos a ellos. Hagan de esto el estudio grande e intenso de su vida.

12. Rehúsen ser distraídos de esta obra. Cuídense de toda tentación que disminuye su interés en ella.

13. Crean la afirmación de Cristo, que Él está con ustedes en esta obra y siempre y en todos lados les dará la ayuda que necesiten.

14. "El que gana almas es sabio"; "y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe". Recuerden, por tanto, que tendrán sabiduría que gane almas para Cristo.

15. Ser llamados de Dios para la obra, hagan el llamado de ustedes un argumento constante con Dios por todo lo que necesitan para el logro de la obra.

16. Sean diligentes y laboriosos, "a tiempo y fuera de tiempo".

17. Conversen mucho con todas las clases de quienes les escuchan sobre el asunto de la salvación, para que entiendan las opiniones de errores y carencias de ellos. Averigüen sus prejuicios, ignorancia, temperamento, hábitos y lo que necesiten saber para adaptar su instrucción a las necesidades de ellos.

18. Vean que sus hábitos sean correctos en todo, que son moderados en todas las cosas --libres de manchas u olor de tabaco, alcohol, drogas, o cualquier cosa de las que haya razón para avergonzarse y que puedan tropezar otros.

19. No sean inconstantes sino pongan a Dios delante de ustedes.

20. Frenen su lengua y no sean dados a conversación ociosa e inútil.

21. Siempre dejen ver a su gente que están en un fervor solemne con ellos tanto en el púlpito como fuera de él, y no dejen que su relación diaria con ellos nulifique las enseñanzas serias de ustedes los domingos.

22. Propónganse no saber nada "sino a Jesucristo, y a éste crucificado".

23. Asegúrense de enseñarles tanto por ejemplo como por precepto. Practiquen lo que prediquen.

24. Cuídense especialmente de su interacción con mujeres, para no levantar pensamiento o sospecha de la impureza más mínima en ustedes.

25. Cuídense de sus puntos débiles. Si tienden al jolgorio y trivialidad, cuídense de ocasiones de fallar en esta dirección.

26. Si son naturalmente melancólicos y solitarios, cuídense de insociabilidad y acrimonia.

27. Eviten toda afectación e hipocresía en todas las cosas. Sean lo que profesan ser y no tendrán tentación para "hacer creer".

28. Que la simplicidad, sinceridad y propiedad cristiana marque toda su vida.

29. Pasen mucho tiempo todos los días y noches en oración y comunión directa con Dios. Esto los hará poderosos para salvación. Ninguna cantidad de aprendizaje y estudio pueden compensar la pérdida de esta comunión. Si fracasan en mantener la comunión con Dios, son débiles como cualquier otro hombre.

30. Cuídense del error de que no hay medios de regeneración, y como consecuencia, ninguna conexión de medios y fines en la regeneración de las almas.

31. Entiendan que la regeneración es un cambio moral, por lo tanto, voluntario.

32. Entiendan que el evangelio se adapta al cambio de los corazones de los hombres, y en una presentación sabia de ella pueden esperar cooperación eficiente del Espíritu Santo.

33. En la selección y tratamiento de sus textos, siempre aseguren la enseñanza directa de Espíritu Santo.

34. Que todos sus sermones sean sermones del corazón y no solamente de la cabeza.

35 Prediquen desde la experiencia, y no desde el rumor, o la pura lectura y estudio.

36. Siempre presenten el tema que el Espíritu Santo ponga en sus corazones para la ocasión. Tomen los puntos presentados por el Espíritu Santo para la mente de ustedes y preséntenlos lo más directo posible a su congregación.

37. Estén llenos de oración cuando intenten predicar y vayan de su lugar de oración al púlpito con los gemidos internos del Espíritu moviéndolos a ustedes para pronunciarlos.

38. Que su mente se sature con su tema para que se movido a pronunciarlo; entonces abran su boca y que salga como un torrente.

39. Vean que "el temor del hombre pondrá lazo" no está sobre ustedes. Que la gente entienda que ustedes temen a Dios demasiado para temerles.

40. Nunca dejen que el asunto de su popularidad con la gente influya su predicación.

41. Que nunca el asunto del salario los detenga de anunciar todo el consejo de Dios, ya sea que los hombres oigan o se abstengan.

42. No Temporicen, no sea que pierdan la confianza de su gente, y así fallar para salvarlos. No pueden respetarlos completamente como embajadores de Cristo, si ven que ustedes no se atreven a cumplir con su deber.

43. Asegúrense de recomendarse "a toda conciencia humana delante de Dios".

44. No sean amadores de ganancias deshonestas.

45. Eviten toda apariencia de vanidad.

46. Compelen a su gente a respetar la sinceridad y sabiduría espiritual de ustedes

47. Que ellos por ningún momento supongan que ustedes pueden ser influidos en su predicación por consideraciones de salario, más o menos, o nada.

48. No den la impresión de que son afectos a buenas comidas, y que les gusta ser invitados a salir comer, pues esto será un lazo para ustedes y una piedra de tropiezo para ellos.

49. Mantengan su cuerpo sometido no sea que habiendo predicado a otros, ustedes deban ser un proscrito.

50. Velen por las almas como quienes han de dar cuenta a Dios.

51. Sean estudiantes diligentes, e instruyan completamente a su gente en todo eso que es esencial para su salvación.

52. Nunca halaguen al rico.

53. Estén especialmente atentos a las carencias e instrucción del pobre.

54. No padezcan soborno en un compromiso con el pecado por grupos donadores.

55. No sufran para ser públicamente tratados como un mendicante, o llegarán a ser despreciados por un gran número de audiencia.

56. Repelen cada intento cerca de su boca contra lo que sea extravagante, erróneo, o injurioso entre su gente.

57. Mantengan su integridad pastoral e independencia, no sea que cautericen su conciencia, apaguen al Espíritu Santo, pierdan su confianza entre la gente y el favor de Dios.

58. Sean ejemplo para el rebaño y que su vida ilustre la enseñanza de ustedes. Recuerden que acciones y espíritu de ustedes enseñarán incluso más grandiosamente que los sermones

59. Si predican que los hombres deban ofrecer a Dios y a sus semejantes un amor de servicio, vean que hagan esto ustedes mismos y eviten que todo tienda a la creencia de que están trabajando por paga.

60. Den a su gente un amor de servicio, y anímenlos a considerarlo, no un equivalente monetario por la labor de ustedes, sino una recompensa de amor que los refresque a ustedes y a ellos.

61. Repelen toda propuesta para obtener dinero para ustedes o para los propósitos de la Iglesia que naturalmente disguste o incite al desdén de hombres mundanos pero considerados.

62. Resistan la introducción de reuniones sociales, conferencias entretenidas, especialmente esas temporadas más favorables para esfuerzos unidos para convertir almas a Cristo. Estén seguros que el diablo tratará de desviarlos en esa dirección. Cuando estén orando y planeando por un avivamiento de la obra de Dios, algunos de sus miembros mundanos de la Iglesia los invitarán a una fiesta. No vayan, o están en su círculo, que los derrotará sus oraciones.

63. No se dejen engañar. Su poder espiritual con la gente de ustedes nunca aumentará al aceptar tales invitaciones en tales momentos. Si es un buen momento para fiestas, porque la gente tiene tiempo libre, es también un buen momento para reuniones religiosas, y su influencia debe ser utilizada para atraer a la gente a la casa de Dios.

64. Vean que ustedes personalmente sepan y diariamente vivan en Cristo.

Capítulo 9

Entretenimientos Inocentes

Oímos mucho decir y leer en estos días de gratificar entretenimientos inocentes. Supe de un ministro hace tiempo que se dirigió a un gran grupo de jóvenes diciendo que había pasado tiempo en crear entretenimientos inocentes para los jóvenes. En estos días he leído varios sermones y artículos numerosos pidiendo más entretenimientos de lo que ha sido costumbre con gente religiosa. Con su consentimiento, quisiera sugerir algunas reflexiones sobre este tema --primero, qué no son entretenimientos inocentes, y segundo, qué son.

1. Esto es asunto de moral.

2. Todos los actos inteligentes de un agente moral deben ser correctos o incorrectos. Nada es inocente en un agente moral que no esté de acuerdo con la ley y el evangelio.

3. El carácter moral de cualquier y cada acto de un agente moral reside en el motivo o en la razón soberana para el acto. Esto es evidente en sí mismo y universalmente admitido.

4. Ahora, ¿cuál es la regla de juicio en este caso?

Respondo:

1. Por la ley moral, "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón" y "a tu prójimo como a ti mismo". Ningún acto inteligente de un agente moral es inocente o correcto a menos que proceda y sea una expresión de amor supremo para Dios y el prójimo --en otras palabras, a menos de que sea benevolente.

2. El evangelio. Esto requiere lo mismo: "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios". Hagan todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo".

3. La razón correcta afirma lo mismo. Ahora, a la luz de esta regla. Es claro que no es inocente participar meramente para gratificar el deseo por el entretenimiento. Pudiéramos inocentemente comer o beber para gratificar el deseo por la comida o bebida. Comer o beber meramente para gratificar el apetito lo bastante inocente en un simple animal, pero en un agente moral es un pecado. Un agente moral está obligado a un motivo más elevado y soberano --comer y beber-- para que esté fuerte y saludable para el servicio de Dios. Dios ha hecho el comer y beber grato para nosotros, pero este placer no debe ser nuestra razón soberana para comer y beber. De modo que los entretenimientos son placenteros, pero esto no nos justifica buscarlos para gratificar un deseo. Los puros animales pueden hacer esto inocentemente porque son incapaces de un motivo superior. Pero los agentes morales están bajo una ley superior, y están obligados a tener otra meta más elevada que meramente gratificar deseos para entretenimientos. Por tanto, ningún entretenimiento es inocente que esté ligado al placer del entretenimiento como tampoco sería inocente comer o beber por el placer de hacerlo. De nuevo, ningún entretenimiento es inocente en el que se participe porque necesitamos entretenimiento. Necesitamos comer y beber, pero esto no nos justifica comer y beber simplemente porque lo necesitamos. La ley de Dios no dice "busquen lo que necesiten porque lo necesitan", sino "hagan todo por amor a Dios y a su prójimo". Un hombre malo puede comer y beber egoístamente --pero su comer y beber sería pecado, a pesar de que necesita comer y beber.

Nada es inocente a menos que proceda del amor supremo a Dios y los semejantes, a menos que sea el motivo supremo y soberano para agradar y honrar a Dios. En otras palabras, se debe considerar inocente cualquier entretenimiento en el que se participe porque se cree que es al momento de lo más grato para Dios, y se intenta ser un servicio dedicado a Él, como eso que, en general, lo honrará más que cualquier cosa en la que se participe por el momento. Tomo esto como evidente en sí mismo. ¿Entonces qué? Se desprende:

1. Que nada más que entretenimientos benevolentes pueden ser inocentes. Pescar y cazar por entretenimiento no son inocentes. Podemos pescar y cazar por la misma razón que se nos permite comer y beber --para suplir la naturaleza con alimento, para que estemos fuertes en el servicio de Dios. Podemos cazar para destruir animales nocivos, para la gloria de Dios y los intereses de su reino. Pero pescar y cazar para gratificar una pasión por estos deportes no es inocente. De nuevo, ningún entretenimiento puede ser inocente que involucre el derroche de tiempo valioso, para que seamos mejor empleados para la gloria de Dios y el bien del hombre. La vida es corta. El tiempo es valioso. Tenemos más que una sola vida que vivir. Mucho queda por hacer. El mundo está en oscuridad. Un mundo de pecadores debe ser iluminado y, si es posible, salvado. Se nos requiere trabajar mientras dura el día.

Nuestra comisión y trabajo requieren despacharse. Nada de tiempo debe perderse. Si nuestros corazones están rectos, nuestro trabajo será agradable. Si se realiza correctamente, permite el disfrute más alto y es en sí el entretenimiento más alto. Ningún hacer a un lado por entretenimiento puede ser inocente que involucre pérdida innecesaria de tiempo. De nuevo, ningún entretenimiento puede ser inocente que involucre gasto innecesario del dinero del Señor. Todo nuestro tiempo y dinero son del Señor. Somos del Señor. Podemos inocentemente usar el dinero y tiempo para promover los intereses del Señor y los intereses más elevados del hombre, que son los intereses del Señor. Pero no podemos inocentemente usarlos para nuestro placer y gratificación. Viajes costosos para nuestro propio placer y entretenimiento, y que no sean para la gloria de Dios, no son entretenimientos inocentes, sino pecaminosos. De nuevo, nada es inocente. Mientras se permanezca sin arrepentir y sin creer, no se ame a Dios y al prójimo según el mandato de Dios, no hay para nadie ningún empleo o entretenimiento inocentes; todo es pecado.

Y aquí mismo me temo que muchos están actuando bajo un gran engaño. La manera suelta en la que este tema es visto por muchos profesantes de religión, e incluso ministros, es sorprendente y alarmante. Una vez en un sermón enfaticé que no había empleos lícitos o entretenimientos inocentes para los pecadores. Un clérigo anciano que estaba presente dijo, después del servicio, que era ridículo sostener que nada era lícito o inocente en un pecador impenitente. Contesté: "Creía que era usted ortodoxo. ¿Acaso no cree en la necesidad universal de la regeneración del Espíritu Santo? Contestó: "Sí". Añadí: "¿Acaso cree que un alma sin regenerar hace cualquier cosa aceptable para Dios? Antes de que su corazón cambie, ¿actúa desde un motivo que Dios pueda aceptar en cualquier cosa? ¿Acaso no es depravado en el sentido de que su corazón está mal, y por consiguiente sus acciones deben estar mal? Se apenó, vio el punto, y se calmó.

Lo que sea lícito en un agente moral o según la ley de Dios es correcto. Si alguien, por tanto, se ocupa legalmente en cualquier empleo o en cualquier entretenimiento, debe hacerlo desde un amor supremo a Dios y un amor equivalente para su prójimo; y no es, por tanto, un pecador impenitente, sino un cristiano. Es simplemente absurdo y contradictorio decir que un alma impenitente hace, o dice, u omite cualquier cosa con un corazón correcto. Si es impenitente, su motivo soberano debe necesariamente ser incorrecto, y por consiguiente nada en él es inocente, sino todo deber ser pecaminoso. ¿Qué, entonces, es un entretenimiento inocente? Debe ser aquello y solamente aquello que no sólo pudiera ser sino de hecho se ocupa con una sola mirada para la gloria de Dios y los intereses de su reino. Si esto no es el diseño supremo y soberano, no es un entretenimiento inocente sino

pecaminoso. Ahora, aquí mismo me temo que está el engaño de muchas personas. Cuando se habla de entretenimientos, dicen "¿Qué hay de malo en ellos?" En respuesta a ellos mismos y otros, no llegan al fondo. Si en la superficie no ven nada contrario a la moralidad, juzgan que el entretenimiento es inocente. Fracasan en inquirir en el motivo supremo y soberano en el que la inocencia o pecaminosidad del acto se encuentra. Pero aparte del motivo, ningún curso de acción es inocente o pecaminoso, no más que los movimientos de una máquina o los actos de un simple animal son inocentes o pecaminosos. Ningún acto o curso de acción debe, por tanto, adjudicarse como inocente o pecaminoso sin cerciorarse del motivo supremo de la persona que actúa.

Enseñar, directamente o por implicación, que cualquier entretenimiento de un pecador impenitente o apóstata es inocente es enseñar una herejía ruin y soez. Los padres deben recordar esto en consideración a los entretenimientos de sus hijos inconversos. Los maestros de escuela dominical y superintendentes que planean entretenimientos para las escuelas dominicales, predicadores que pasan el tiempo en planear entretenimientos para los jóvenes, que llevan a sus rebaños a días de campo, excursiones placenteras, y justifican varios juegos, deben ciertamente recordar eso, a menos que estén en un estado santo de corazón, y hagan todo esto para el amor supremo de Dios y el diseño en el grado más alto para la gloria de Dios, estas formas de pasar el tiempo no son por ningún motivo inocentes, sino altamente criminales, y aquellos que enseñan a la gente a caminar en estos caminos están simplemente dirigiendo canales en los que su depravación correrá. Pues recuérdese que, a menos que estas cosas se complazcan desde el amor supremo a Dios y sean diseñadas para glorificarlas, a menos de que se ocupen, de hecho, con una sola mirada para la gloria de Dios, no son entretenimientos inocentes sino pecaminosos. Debo decir de nuevo, y, si es posible, ser más enfático, que no es suficiente que ellos se ocupen de la mejor manera, por el momento, de honrar y agradar a Dios, sino que deben de hecho estar ocupados para el amor supremo a Dios con el diseño máximo para glorificarlo a Él. Si, entonces, tal es la verdadera doctrina de entretenimientos inocentes, que ningún impenitente y ningún apóstata suponga por un momento que es posible que él se ocupe en cualquier un entretenimiento inocente. Si fuese verdad, como el ministro anciano a quien me he referido, y muchos otros parecen creer, que los pecadores impenitentes pueden y se ocupan en entretenimientos inocentes, que el ocuparse en tales entretenimientos, siendo lícitamente correctos e inocentes en ellos, involucraría un cambio de corazón en el inconverso, y un regreso a Dios del apóstata. Pues ningún entretenimiento es lícito a menos que se ocupe en un amor de servicio dedicado a Dios y con el diseño de agradar y glorificarlo. No debe ser sólo un amor de servicio, sino, en el juicio de uno al que se dedica, debe ser el mejor servicio que, por el momento, puede dedicarle a Dios --un servicio que sea más grato a Él y más útil para su reino que cualquier otro del que pueda ocuparse en ese momento. Téngase estos hechos en mente cuando la pregunta de

ocuparse en estos entretenimientos surja para decidir. Y recuérdese, la pregunta en todos los casos no es "¿qué hay de malo en este entretenimiento propuesto?", sino ¿qué bien puede hacer?" "¿Es la mejor manera en la que uso mi tiempo? ¿Será más grato para Dios y más del interés de su reino que cualquier cosa posible para mí actualmente?" Si no, no es un entretenimiento inocente, y no puedo ocuparme en Él sin pecar". La pregunta con frecuencia surge: "¿Nunca vamos a buscar tales entretenimientos?" Respondo: es nuestro privilegio y deber vivir por encima de tales cosas. Toda esa clase de deseos deben estar muy sometidos a la luz de Dios, y tener una comunión tan profunda con Él como para no tener ningún gusto por tales entretenimientos. Ciertamente es un privilegio de cada hijo de Dios de caminar tan cerca de Él, y mantener una comunión tan divina con Él, como para no sentir la necesidad de emociones mundanas, deportes, pasatiempos y entretenimientos para hacer que sea satisfactorio este disfrute. Si un cristiano se aprovecha de este privilegio de comunión con Dios, naturalmente y por un instinto de su nueva naturaleza rechazará las solicitaciones de ir en pos de entretenimientos mundanos. Para él, tales pasatiempos parecerán bajos, nada satisfactorios, e incluso repulsivos. Si no es de una mente celestial, como debe ser, se sentirá como si no pudiera darse el lujo de bajar y buscar el disfrute en entretenimientos mundanos. Seguramente, un cristiano debe haber caído de su primer amor, debe haber vuelto al mundo, antes de que sienta la necesidad o tenga el deseo de buscar el disfrute en deportes y pasatiempos mundanos. Una mente espiritual no puede buscar disfrute en una sociedad mundana. Para una mente así esa sociedad es necesariamente repulsiva. La sociedad mundana no es sincera, es superficial y en cierta medida una farsa. ¿Qué gusto puede una mente espiritual tener para el chisme de una fiesta mundana de placer? Ninguno. Para una mente en comunión con Dios el espíritu mundano y maneras de la sociedad, si la conversación y locura es repulsiva y dolorosa, como es tan fuertemente sugestiva de la tendencia hacia debajo de sus almas, y del destino que les espera. He señalado una experiencia de ambos lados de esta pregunta que no puedo equivocarme. Probablemente más que unas pocas personas disfrutan el placer mundano más intensamente que yo disfruté antes de que me convirtiera, pero mi conversión, y el bautismo espiritual que inmediatamente siguió, completamente extinguió todo deseo de deportes y entretenimientos mundanos. Fui alzado de inmediato hacia enteramente otro plano de vida y otro tipo de disfrute. Desde ese momento al presente el modo de vida, los pasatiempos, deportes, entretenimientos y maneras mundanas que me gustaban tanto no sólo han fracasado en interesarme, sino tengo una aversión positiva hacia ellos. Nunca los he sentido necesarios, o incluso compatibles, como un disfrute verdaderamente racional. No hablo alardeándome, sino para honrar a Cristo y su religión. Debo decir que mi vida cristiana ha sido feliz. He tenido tanto disfrute como es probablemente el mejor para los hombres que tienen en esta vida, y nunca por ningún momento he tenido el deseo de volver y buscar el disfrute de cualquier cosa

que el mundo pueda dar. Pero algunos pueden preguntar: "¿supóngase que nosotros no encontramos disfrute suficiente en la religión, y realmente deseamos ir tras los entretenimientos mundanos. Si tenemos las disposición, ¿acaso no es también gratificarlo?" "¿Hay más pecado en buscar entretenimientos que en entretener una añoranza por ellos?" Respondo que una añoranza por ellos nunca debe ser entretenida. Es el privilegio, y por tanto el deber de cada uno de levantarse, a través de la gracia, por encima de un hambre y sed por las ollas de carne de Egipto, sobre pasatiempos mundanos y entretenimientos con los que se pierde el tiempo. La indulgencia de tales añoranzas no es inocente. Uno no debe preguntar si la añoranza debe gratificarse, sino si no debe ser desplazada por una añoranza para la gloria de Dios y su reino.

Los cristianos deben mantener una vida consistente con lo que profesan. Para honrar la religión, deben negar los apetitos mundanos; y no, buscar gratificarlos, dar ocasión al mundo de burlarse y decir que los cristianos aman el mundo como ellos. Si los profesantes de religión apostatan en el corazón, y entretienen una añoranza por las actividades y entretenimientos mundanos, deben por cada consideración de deber y decencia abstenerse de la manifestación externa de tales apetitos internos. Algunos han mantenido que debemos conformarnos a los caminos del mundo de alguna manera, por lo menos, lo bastante para mostrar que disfrutamos el mundo y la religión también, y que hacemos que la religión parezca repulsiva para las almas inconversas al dar nuestras espaldas a lo que llaman entretenimientos inocentes. Pero debemos presentar la religión como realmente es, viviendo por encima del mundo, consistiendo en una mente celestial, como aquellos que toleran un disfrute tan espiritual y celestial para considerar desagradable y repulsiva la búsqueda baja y alegrías de hombres mundanos. Es una triste piedra de tropiezo para los inconversos ver a los cristianos profesantes buscar placer o felicidad de este mundo. Tal búsqueda es una tergiversación de la religión de Jesús. Confunde, enreda, extravía al observador de fuera. Si nunca lee la Biblia, no puede más que preguntarse que las almas que nacen de Dios y que tienen comunión con él deben tienen cualquier gusto por las costumbres y placeres mundanos. El hecho es que inconversos precavidos tienen poca o nada de confianza en esa clase de profesantes cristianos que buscan el disfrute de este mundo. Pueden profesar tener, y pueden quizá vagamente creer de tales como cristianos liberales y buenos. Los pueden alardear, y recomendar su religión como opuesta al fanatismo e intolerancia, ser tal religión como ellos quieren ver, pero no hay sinceridad en tales creencias de parte del impenitente.

En mi vida temprana de cristiano supe de un obispo metodista del sur que contó de un caso que hizo una impresión profunda en mi mente. Decía que donde vivía había un esclavista, un hombre con fortuna, que era alegre y ameno, que se dedicaba a varios

deportes de campo y entretenimientos. Se relacionaba mucho con su pastor, con frecuencia lo invitaba a cenar y lo acompañaba en sus deportes y excursiones de placer de distintos tipos. El ministro alegremente accedía a sus peticiones, y la amistad creció entre el pastor y el feligrés, que continuó hasta la enfermedad de este hombre alegre y pudiente. Cuando la esposa de este mundano supo que su esposo podría vivir poco, se apuró por su alma, tiernamente preguntó si no podía llamar al ministro para platicar y orar por él. Contestó él muy emotivo: "no, querida, no es el hombre para que vea yo. Fue mi compañero, como sabes, en deportes mundanos y búsqueda de placer; le encantaban las buenas comidas y pasarla bien. En ese entonces disfrutaba su compañía y era un compañero agradable. Pero ahora creo que nunca tuve confianza real en su piedad, y ahora no tengo ninguna confianza en la eficacia de sus oraciones. Ahora estoy muriendo y necesito la instrucción y oración de alguien que prevalezca en Dios. Hemos pasado mucho juntos, pero nuestro pastor nunca se ha empeñado seriamente en la salvación de mi alma y no es la persona que me pueda ayudar ahora". Le afectó grandemente a su esposa quien dijo: "¿Qué hago entonces? Contestó él: mi cochero, Tom, es un hombre piadoso. Tengo confianza en sus oraciones. A menudo le he oído orar, en el granero y establos, y sus oraciones siempre me han impactado como sinceras y esforzadas. Nunca he oído ninguna necedad de su parte. Ha sido siempre un cristiano honesto y esforzado. Llámalo". Llamaron a Tom, y llegó quitándose el sombrero y viendo con ternura y compasión a su amo moribundo quien estiró su mano diciendo: "Tom, ven aquí. Toma mi mano. Tom, ¿puedes orar por tu amo moribundo?" Tom derramó su alma en oración esforzada. No recuerdo el nombre del obispo, fue hace mucho, pero recuerdo bien la historia como una ilustración del error en el que incurren muchos profesantes y algunos ministros, suponen que recomendamos la religión a los inconversos al mezclarse con ellos en sus placeres e ir en pos de sus entretenimientos. He visto muchos ejemplos de este error. Los cristianos deben vivir por encima del mundo como quienes no necesitan o buscan estos placeres, y así recomendar la religión al mundo como una fuente de la felicidad más alta y pura. La mirada pacífica, el aspecto jovial, la serenidad espiritual, y la alegría de un cristiano viviente recomiendan la religión a los inconversos. Su satisfacción en Dios, su gozo santo, su vida por encima, que esquivan las costumbres y entretenimientos de las mentes mundanas, impresionan a los inconversos con un sentido de necesidad y deseo de una vida cristiana. Pero que ningún hombre piense en ganar una verdadera influencia cristiana sobre otra al manifestar simpatía con sus aspiraciones mundanas.

Ahora, ¿acaso es esta regla un yugo o atadura? No me sorprende que haya creado perturbación en algunas mentes. Los miembros de Iglesia buscadores y amadores de placer consideran esta regla tan poco práctica como una camisa de fuerza, como una atadura. Pero ¿para quién es una camisa de fuerza o atadura? Para ¿quién es poco práctica? Seguramente no es y no puede

ser para cualquiera que ame a Dios con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismo. Ciertamente no puede ser considerado como un cristiano de verdad, pues los cristianos reales aman a Dios supremamente. Sus propios intereses y sus propios placeres son vistos como nada comparados con los intereses y placeres de Dios. Por tanto, no pueden buscar entretenimientos a menos que crean ellos mismos ser llamados de Dios para hacerlo. Por una ley de nuestra naturaleza buscamos agradar a aquellos quienes supremamente amamos. También por una ley de nuestra naturaleza, encontramos nuestra felicidad suprema para complacer a quienes supremamente amamos, y supremamente nos complacemos cuando no buscamos para nada complacernos, sino complacer el objeto de nuestro afecto supremo. Por tanto, los cristianos encuentran su disfrute supremo y su verdadero placer en complacer a Dios y en buscar el bien de su prójimo, y disfrutan este servicio porque el disfrute no es lo que buscan sino lo que inevitablemente experimentan por una ley de su naturaleza.

Esto es un hecho de conciencia cristiana. El más alto y más puro de todos los entretenimientos se encuentra en hacer la voluntad de Dios. Puros entretenimientos mundanos son fríos e insípidos, y no son dignos de nombrar en comparación con el disfrute que encontramos en hacer la voluntad de Dios. Para el que ama a Dios supremamente es natural buscar los entretenimientos y todo lo demás que buscamos, con la referencia suprema para la gloria de Dios. ¿Por qué, entonces, debe esta regla considerarse como demasiado estricta, como poniendo muy alto el patrón, y como siendo una camisa de fuerza o atadura? ¿Cómo, entonces, vamos a entender a aquellos que abogan tanto por los entretenimientos mundanos?

Por lo que he oído y leído sobre este tema en los últimos años, concluyo que estos seguidores de entretenimientos han pensado que hay más disfrute en adquirir aquellos entretenimientos que el servicio de Dios. Me recuerdan una oración que tenía como una copia cuando un niño en la escuela decía: "Tanta tarea y nada de juego hace de Jack un niño aburrido". Parecen suponer que el servicio de Dios es trabajo en el sentido de ser una tarea y una carga; que el trabajar y orar y predicar para ganar almas para Cristo, tener comunión con Dios y cumplir los deberes de religión es tan penoso, por no decir molesto, que necesitamos muchos días de juego; que el amor de Cristo no es satisfactorio, que debemos recurrir con frecuencia a los entretenimientos mundanos para hacer la vida tolerable. Cristo en una ocasión dijo a sus discípulos: "Venid vosotros aparte…, y descansad un poco". Esto no es de maravillarse cuando consideramos que con frecuencia eran abrumados hasta como para no tener tiempo incluso de comer. Pero no era entretenimiento lo que buscaban; simplemente descansar de su obra de amor, en la que tenían el disfrute más grande.

Seguido me pregunto: "¿Qué quiere decir que muchos de nuestros predicadores más populares y muy alimentados están abogando por tantos entretenimientos?" Parecen que están desviando a la Iglesia hacia una dirección en la que peligra. No es de sorprenderse que hombres y mujeres laicos sean fácilmente llevados en esa dirección, pues tal enseñanza exactamente concuerda con las tentaciones innumerables a la mundanidad que se presentan a la Iglesia por todos lados. La Biblia está repleta con instrucción en este tema, que es directamente opuesto de estas peticiones de entretenimientos mundanos. Estos maestros abogan por diversión, hilaridad, bromas, obras de teatro, juegos, y tales cosas como las mentes mundanas gozan y disfrutan, pero la Biblia exhorta sobriedad, mentalidad celestial, oración sin cesar y un caminar cercano y perpetuo con Dios. La Biblia por todos lados da por hecho que el disfrute real se encuentra en el curso de la vida, que la verdadera paz mental se encuentra en la comunión con Dios y en ceder para buscar su gloria como el fin constante y supremo de vida. Nos exhorta observancia y nos informa que por cada palabra ociosa debemos dar cuenta en el Día del Juicio. En ningún lado nos informa que la diversión y la hilaridad son la fuente de disfrute racional; en ningún lado nos anima a esperar mantener un caminar cercano con Dios, tener paz mental y gozo en el Espíritu Santo, si andamos de aquí para allá buscando entretenimientos. ¿Y acaso no está la enseñanza de la Biblia sobre este tema en concordancia exacta con la experiencia humana? ¿Necesitamos tener el púlpito para abogar por entretenimientos mundanos? ¿No es la depravación humana lo bastante fuerte en esa dirección para no ser estimulada por la voz del predicador? ¿Acaso la Iglesia ha trabajado tanto por Dios y las almas? ¿Están los cristianos cansados con sus esfuerzos agotadores de sacar a los pecadores del fuego, que están en peligro de enloquecer con fervor religioso y necesitan que el púlpito y la presión se unan para urgirles de hacerlos a un lado y buscar entretenimientos y divertirse un poco?

¿Qué puede significar? ¿Por qué no es cierto que casi todos nuestros peligros están en ese lado? ¿Acaso no está la naturaleza humana en su estado presente fuertemente tendiente en estas direcciones que necesitamos estar en guardia y exhortar constantemente a la Iglesia que no sea desviada en pos entretenimientos y diversión para la destrucción de sus almas? Pero para volver a la pregunta: ¿Para quién es una atadura el requerirse tener una sola mirada en el buen placer y gloria de Dios en todo lo que hacemos? ¿Quién lo encuentra difícil de hacerlo? Cristo dijo que su yugo era fácil y ligera su carga. El requerimiento para hacer todo para la gloria de Dios no es seguramente ningún otro más que el yugo de Cristo. Es su voluntad expresa. ¿Quién encuentra esto ser un yugo difícil y una carga pesada? No es difícil o pesado para una mente dispuesta y amorosa.

Lo requerido aquí es natural e inevitable para todo el que ama verdaderamente a Dios y está verdaderamente dedicado al Salvador. ¿Qué es devoción a Cristo sino un corazón puesto para rendirle una obediencia amorosa en todas las cosas? ¿Qué es la libertad cristiana sino el privilegio de hacer eso que los cristianos más aman hacer --esto es, en todas las cosas cumplir el buen placer de su bendito Señor? ¡Déjense de salvar almas para buscar entretenimientos! Como si pudiese haber un placer más alto y más divino que el que se encuentra en trabajar para la salvación de las almas. No puede haberlo. No puede haber un disfrute más alto encontrado en este mundo que el que se encuentra en sacar almas del fuego y llevarlas a Cristo. Me llena de sorpresa cuando leo u oigo las apelaciones para la Iglesia de buscar más entretenimientos mundanos. ¿Necesitamos, podemos tener cualquier satisfacción más plena y más alta que la que se encuentra en un caminar serio, cercano y amoroso con Dios y la cooperación con Él en almas aptas para el cielo? Todo lo que oigo dice animar a la gente de Dios para buscar entretenimientos. Me parece proceder de un estado mental mundano en vez de uno espiritual. ¿Puede ser posible que un alma en comunión con Dios, y desde luego, anhelando con compasión por los moribundos, luchando día tras día en oración agonizante por su salvación, y deba entretener el pensamiento de hacerse a un lado para buscar entretenimiento? ¿Puede un pastor en cuya congregación hay cantidades de almas inconversas, y entre cuyos miembros hay muchos profesantes religiosos de mentalidad mundana, hacer a un lado y dirigir o acompañar a su iglesia en un movimiento de apostasía para obtener placer mundano? Siempre hay suficientes en cada Iglesia que son fácilmente desviados en esa dirección. Pero ¿quiénes son ellos que muy prestamente caen en tal movimiento? ¿Quiénes están listos para pasar al frente cuando un día de campo, una excursión de placer, una fiesta mundana, u otros movimientos de búsqueda de placer son propuestos? ¿Son acaso de hecho la clase que siempre asiste a las reuniones de oración, que siempre están un estado mental de avivamiento? ¿Pertenecen a la clase de cuyos rostros brillan día tras día con la paz de Dios que llena sus almas? ¿Acaso son los Aarones y Hures que sostienen levantadas las manos de su pastor con oración continúa y prevaleciente? ¿Acaso son miembros espirituales cuya congregación está en el cielo y que nos les importan las cosas terrenales? ¿Quién no sabe que son los miembros mundanos en la Iglesia que siempre están listos para cualquier movimiento en la dirección de placer o entretenimientos mundanos? No son llevados sin urgir y llorar en lugares secretos cuando ven a su pastor dando ánimos a aquellos que muy probable sea una gran piedra de tropiezo para la Iglesia y el mundo.

El president Finney, al enviar la revisión del manuscrito para publicación al Willard Tract Repository, iba acompañado de una nota al Dr. Cullis en la que decía:

"Las páginas anteriores contienen una condensación de artículos pequeños que he publicado en el Independent. Recuerdo que el editor de Advance, y uno de los editores del Independent, ambos han publicado lo que considero posturas muy sueltas, que aprueban y recomiendan los entretenimientos mundanos de cristianos, he criticado esos artículos con una aspereza que parece indicar que se irritaron por ellas. Hasta ahora las pervirtieron como para afirmar que ellos enseñaron ascetismo, y la prohibición de descanso, recreación y todos los entretenimientos. Considero la doctrina de este artículo tan estrictamente bíblica y verdadera. Pero para evitar tales inferencias y objeciones injustas, añado las siguientes líneas".

"Que nadie diga que la doctrina de este artículo prohíbe todo descanso, recreación, y entretenimiento. No lo hace. Admite libremente que todo descanso, recreación y entretenimiento que se consideran por la persona que recurre a ellos, como una condición y medios para asegurar salud y vigor de cuerpo y mente con aquello para promover la causa de Dios. Este artículo sólo insiste, como lo hace la Biblia, que lo que comamos o bebamos, descansemos, recreamos, o nos entretengamos, todo debe ser hecho como un servicio rendido a Dios. Dios debe ser nuestro fin. Agradarlo a Él debe ser nuestra meta en todo, o pecamos".

Capítulo 10

Cómo Vencer El Pecado

En cada periodo de mi vida ministerial he encontrado muchos cristianos profesantes en un estado miserable de atadura, ya sea al mundo, a la carne, o al diablo. Pero seguramente esto no es un estado cristiano, pues el apóstol ha dicho claramente: "Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia." (Ro. 6:14). En toda mi vida cristiana me ha dolido encontrar tantos cristianos que viven en la atadura legal descrita en el capítulo 7 de Romanos --una vida de pecado que resuelven reformar y que caen de nuevo. Y lo que es particularmente triste, e incluso agonizante, es que muchos ministros y dirigentes cristianos dan con perfección instrucción sobre el tema de cómo vencer el pecado. Las direcciones que generalmente son dadas en este tema, lamento decir, equivalen a esto: Expón tus pecados detalladamente, resuelve abstenerte de ellos y lucha contra ellos, si es necesario con oración y ayuno, hasta que los venzas." Mantén tu voluntad firme contra una recaída en pecado, ora y lucha, y ten la determinación de que no caerás, y persiste en eso hasta que formes el hábito de obediencia y rompe con todos los hábitos pecaminosos". Para asegurarse, generalmente se añade: "En este conflicto no debes depender de tus propias fuerzas, sino ora a Dios por ayuda". En una palabra, mucha de la enseñanza tanto en el púlpito como en la imprenta, realmente equivale a esto: la santificación es por obras y no por fe. Observo que el Dr. Chambers, en sus cátedras sobre Romanos, expresamente sostiene que la justificación es por fe pero la santificación por obras. Hace unos 25 años, creo, un prominente profesor de teología en Nueva Inglaterra mantenía en sustancia la misma doctrina. En mi vida cristiana inicial fui casi engañado por una de las determinaciones del Presidente Edwards, que era, en sustancia, aquello cuando había caído en pecado buscaría su origen y entonces pelearía y oraría contra él con todas sus fuerzas hasta subyugarlo. Esto, se percibirá, está dirigiendo la atención al acto manifiesto de pecado, su origen u ocasiones. Tomar la resolución y pelear contra el pecado fija la atención en él y su origen, y lo desvía enteramente de Cristo.

Ahora es importante decir aquí que tales esfuerzos son más que inútiles, y muy frecuentemente resultan en engaño. Primero, es perder de vista lo que realmente constituye pecado, y segundo, la única forma practicable para evitarlo. De este modo el acto externo o hábito puede ser vencido y evitado, mientras aquello que realmente constituye el pecado es dejado intocable. El pecado

no es externo, sino interno. No es un acto muscular, no es la volición que causa acción muscular, no es un sentimiento involuntario o deseo. Debe ser voluntario, la preferencia máxima o estado de entrega de agradarse a uno mismo de donde proceden las voliciones, las acciones, propósitos, intenciones externos, y todas las cosas que comúnmente son llamadas pecado. Ahora, ¿qué se resuelve en contra en esta religión de determinaciones y esfuerzos para suprimir hábitos y formas pecaminosos y formar hábitos santos? "El cumplimiento de la ley es el amor". Pero ¿producimos amor por resolución? ¿Erradicamos el egoísmo por resolución? No, ciertamente no. Podemos suprimir esta y otra expresión o manifestación de egoísmo al decidir no hacer esto y aquello, y orar y luchar contra él. Podemos decidir por una obediencia externa, trabajar nosotros mismos al pie de la letra por una obediencia a los mandamientos de Dios. Pero es absurdo erradicar el egoísmo del corazón de la resolución. Así que el esfuerzo de obedecer los mandamientos de Dios en espíritu --en otras palabras, intentar amar como requiere la ley de Dios por fuerza de resolución-- es absurdo. Hay muchos quienes sostienen que el pecado consiste en deseos. De ser así, ¿acaso controlamos los deseos por fuerza de resolución? Podemos abstenernos de gratificar un deseo en particular por la fuerza de la resolución. Podemos ir más allá y abstenernos de la gratificación del deseo generalmente en la vida externa. Pero esto no es asegurar el amor de Dios que constituye obediencia. Si nos volvemos anacoretas, nos aprisionamos en una celda, y crucificamos todos nuestros deseos y apetitos hasta donde la indulgencia se refiere, sólo habremos evitado ciertas formas de pecado, pero la raíz que realmente constituye el pecado no es tocada. Nuestra resolución no ha asegurado amor, que es la única obediencia a Dios. Todo nuestro batallar con el pecado en la vida externa, por fuerza de resolución, sólo termina haciéndonos sepulcros blanqueados. Nuestro batallar con el deseo por fuerza de resolución es en vano, pues todo eso, no obstante el esfuerzo exitoso para suprimir el pecado que pueda ser, en la vida externa o en el deseo interno, sólo terminará en engaño, pues por la fuerza de resolución no podemos amar.

Tales esfuerzos para vencer el pecado son totalmente fútiles, y nada escriturales. La Biblia expresamente nos enseña que el pecado es vencido por la fe en Cristo. "Ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención" (1 Co. 1:30); es Él "el camino, y la verdad, y la vida" (Jn. 14:6). Se dice de los cristianos que van a purificar por la fe sus corazones (Hch. 15:9). Y en Hechos 26:18 se afirma que los santos son santificados por la fe en Cristo. En Romanos 9:31-32 se afirma que los judíos no alcanzaron la justicia "porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley". La doctrina de la Biblia es que Cristo salva su pueblo de pecado por la fe; que el Espíritu de Cristo se recibe por la fe para que more en el corazón. Es la fe que obra por amor. El amor es forjado y sostenido por la fe. Por la fe los cristianos vencen al mundo, la carne y al diablo. Es por la fe que ellos apagan

"todos los dardos de fuego del maligno" (Ef. 6:16). Es por la fe que se ciñen de Cristo y se despojan del viejo hombre y sus obras. Es por la fe que peleamos la buena batalla, y no por resolución. Es por la fe que estamos de pie, por resolución caemos. Ésta es la victoria que vence al mundo, incluso nuestra fe. Es por la fe que la carne es reprimida y los deseos carnales sometidos. El hecho es que es simplemente por la fe que recibimos el Espíritu de Cristo para que obre en nosotros para querer y hacer de acuerdo con su buena voluntad. El derrama su propio amor en nuestros corazones y por eso los enciende. Cada victoria sobre el pecado es por la fe en Cristo, y cuando la mente es desviada de Cristo, al resolver y pelear contra el pecado, estemos conscientes o no, estamos actuando con nuestra propia fuerza, rechazando la ayuda de Cristo, y estamos bajo un error engañoso. Nada más que la vida y energía del Espíritu de Cristo dentro de nosotros puede salvarnos de pecado, y confiar es la condición uniforme y universal de la operación de esta energía salvadora dentro de nosotros. ¿Cuánto tiempo este hecho será por lo menos pasado por alto por los maestros de religión? ¿Cuán profundamente enraizadas en el corazón del hombre están la santurronería y la dependencia de uno mismo? Tan profundamente que una de las lecciones más difíciles para que el corazón humano aprenda es renunciar a la dependencia de uno mismo y confiar enteramente en Cristo. Cuando abrimos la puerta por confianza implícita Él entra y hace habitación con nosotros y en nosotros. Al derramar su corazón da vida a nuestras almas hacia la compasión con Él mismo, y de esta forma, y sólo en esta forma, purifica nuestros corazones mediante la fe. Sostiene nuestra voluntad en la actitud de devoción. Nos vivifica y regula nuestros afectos, deseos, apetitos y pasiones, y se vuelve nuestra santificación. Mucha de la enseñanza que oímos en oración y en reuniones, desde el púlpito y la imprenta, es tan confusa como si consideramos escuchar o leer tal instrucción como bastante dolorosa para ser soportada. Tal instrucción se calcula para concebir engaño, desánimo y un rechazo práctico de Cristo como se presenta en el evangelio.

¡Ay! Por la ceguera que lleva a desconcertar el alma que está añorando la liberación del poder del pecado. A veces he escuchado la enseñanza legalista sobre este tema hasta que sentí como si debiera gritar. Es sorprendente a veces oír a cristianos quejarse de la enseñanza que aquí he inculcado que nos deja en un estado pasivo, para ser salvos sin ninguna actividad. ¡Qué tinieblas hay en esta objeción! La Biblia enseña que al confiar en Cristo recibimos una influencia interna que estimula y dirige nuestra actividad; que por la fe recibimos su influencia purificante en el mero centro de nuestro ser, que mediante y por su verdad revelada directamente al alma Él vivifica todo nuestro ser interior hacia una actitud de una obediencia amorosa; y esto es la manera, y la única forma practicable, para vencer el pecado. Pero alguien puede decir: "¿Acaso el apóstol Pablo no exhortó diciendo "ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad"?

¿Acaso no es una exhortación hacer lo que en este artículo usted condena?" De ningún modo. En el versículo 12 del segundo capítulo de Filipenses Pablo dice "por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad". No hay ninguna exhortación para obrar por la fuerza de la resolución, sino a través y por la obra interior de Dios. Pablo les había enseñado, mientras estaba presente con ellos, pero ahora en ausencia, los exhorta a cuidar su propia salvación, no por resolución sino por la operación interna de Dios. Esto es precisamente la doctrina de este artículo. Pablo había enseñado muy a menudo a la Iglesia que Cristo en el corazón es nuestra santificación, y que esta influencia se recibe por la fe, para ser culpable en este pasaje de enseñar que nuestra santificación es forjada por resolución y esfuerzos para suprimir hábitos pecaminosos y formar hábitos santos. Este pasaje felizmente reconoce tanto la agencia divina y humana en la obra de la santificación. Dios obra en nosotros para querer y hacer, y al aceptar por la fe su operación interna, nosotros querremos y haremos por su buena voluntad. La fe en sí misma es un agente activo y no pasivo. Una santidad pasiva es imposible y absurda. Que nadie diga que cuando exhortamos a la gente a confiar totalmente en Dios enseñamos que cualquiera debe ser o puede ser pasivo en recibir y cooperar con la influencia divina por dentro. Influye en el libre albedrío, y como consecuencia, hace esto por la verdad, y por la fuerza. ¡Ah! que pueda ser entendido que toda la vida espiritual que está en cualquier hombre se recibe directamente del Espíritu de Cristo por la fe, como el pámpano recibe su vida de la vid. ¡Fuera esa religión de determinaciones! Es un lazo de muerte. ¡Fuera ese esfuerzo de hacer la vida santa mientras el corazón no tiene en él el amor de Dios! ¡Ah! que los hombres aprendan a ver directamente a Cristo mediante el evangelio y muy alrededor de él por un acto de confianza amorosa como para incluir una simpatía universal con el modo de pensar de Él. Esto, y sólo esto, es santificación.

Capítulo 11

La Decadencia De La Conciencia

Creo que es un hecho admitido generalmente que hay mucho menos conciencia manifestada por hombres y mujeres en casi todos los aspectos de la vida que hace 40 años. Hay justamente mucha queja de esto, y parece ser que hay poco prospecto de reforma. Las camarillas, fraudes y acciones ruines en lugares altos y bajos, en todos los niveles de los hombres son muy alarmantes, y uno casi es llevado a preguntar "¿Acaso nadie puede ser de confianza? Ahora, ¿cuál es la causa de esta degeneración? Sin duda hay muchas causas que contribuyen más o menos directamente, pero estoy convencido que la falla es más en el ministerio y la prensa pública que en cualquier otra cosa. Ha estado de moda ahora y por muchos años ridiculizar y desaprobar el puritanismo. Los ministros han dejado, en mayor medida, de sondear en las conciencias de los hombres con la ley espiritual de Dios. Hasta donde sé ha habido una gran decepción e ignorancia de los reclamos de búsqueda de la ley de Dios, como se revela en su palabra. Esta ley no sólo es el único patrón de moralidad verdadera. "Por medio de la ley es el conocimiento del pecado". La ley vivifica la conciencia humana. Sólo en proporción en tanto la espiritualidad de la ley de Dios se mantenga fuera de la vista habrá una manifestación de la decadencia de la conciencia. Esto debe ser el resultado inevitable. Dejen que los ministros ridiculicen el puritanismo, intenten predicar el evangelio sin sondear extensivamente la conciencia con la ley divina, y esto debe resultar, por lo menos, en una parálisis parcial del sentido moral. El error que yace en el fundamento de esta decadencia de conciencia individual y pública se origina, sin duda, en el púlpito. Los guardianes apropiados de la conciencia pública han, me temo, descuidado mucho el exponer e insistir en la obediencia a la ley moral. Es claro que algunos de nuestros predicadores más populares son frenólogos. La frenología no tiene órgano de libre albedrío. Así, no tiene agencia moral, ninguna ley moral y obligación moral en cualquier sentido de estos términos. Un frenólogo consistente no puede tener ninguna idea de obligación moral, culpa moral, censurabilidad y retribución. Hace unos años un hermano de uno de los predicadores más populares me escuchó predicar sobre el texto: "Reconciliaos con Dios". Mostré, entre otras cosas, que el reconciliarse con Dios implicaba reconciliarse con la ejecución de la ley. Me visitó la mañana siguiente, y entre otras cosas dijo, que ni él mismo ni dos de sus hermanos, a quienes nombró, todos predicadores, no tenían naturalmente ninguna conciencia. "No tenemos", dijo, "esas ideas en nuestras mentes de pecado, culpa, conciencia, justificación y retribución como usted y papá tienen". No podemos predicar sobre esos temas como usted". Prosiguió:

"Me cuesta trabajo cultivar una conciencia, y creo que empiezo a entender lo que es. Pero, naturalmente, yo ni los dos hermanos que he nombrado no tenemos ninguna conciencia". Ahora bien, estos tres ministros han repetidamente aparecido en sus escritos ante el público. He leído mucho de lo que han escrito y muchas veces los sermones de uno de ellos, y me ha sorprendido la falta manifiesta de conciencia en sus sermones y escritos. Es un frenólogo, y de este modo, no tiene en sus posturas teológicas de libre albedrío, ninguna de agencia moral, y nada que sea un resultado lógico del libre albedrío y la agencia moral. Puede ridiculizar el puritanismo y las grandes doctrinas de la fe ortodoxa; y, en efecto, toda su enseñanza, la que he leído, muy lamentablemente muestra la falta de discriminación moral. Debo juzgar por sus escritos que las verdaderas ideas de depravación moral, culpa, desmerecimiento, en la aceptación verdadera de estos términos, no tienen cabida en su mente. Efectivamente, como un frenólogo consistente, tales ideas no tienen derecho en su mente. Son necesariamente excluidas por su filosofía. No sé cuán extensivamente la frenología ha envenenado las mentes de ministros de denominaciones diferentes, pero he observado con dolor que muchos ministros que escriben para la prensa pública no logran alcanzar las conciencias de los hombres. No logran ir al fondo del asunto e insistir en la obediencia a la ley moral como lo único aceptable para Dios. Me parece que ellos "invalidan la ley por fe". Parecen sostener un patrón diferente de lo que se inculca en el sermón del monte, el cual fue la exposición de Cristo de la ley moral. Cristo expresamente enseñó en ese sermón que no había salvación sin la conformidad a la regla puesta en ese sermón. La verdadera fe en Cristo siempre e inevitablemente concebirá una vida santa. Pero me temo que se ha vuelto moda predicar lo que equivale a un evangelio antinomiano. La regla de vida promulgada en el evangelio es precisamente aquélla de la ley moral. Estas cuatro cosas son claramente afirmadas de la fe verdadera--de la fe del evangelio:

1. "Establece la ley".

2. "Obra por amor".

3. "Purifica el corazón".

4. "Vence al mundo".

Éstas son las formas diferentes de afirmar que la regla de fe produce, de hecho, una vida santa. Si no lo hiciera, haría inválida la ley. El verdadero evangelio no se predica en donde la obediencia a la ley moral se insiste como la única regla de vida.

Donde hay un fracaso para hacer esto en las instrucciones desde cualquier púlpito, inevitablemente se verá que los oidores de un evangelio mutilado tendrán muy poca conciencia. Necesitamos más Boanerges o Hijos del trueno en el púlpito. Necesitamos hombres que destellen la ley de Dios como relámpago lívido y despierten las conciencias de los hombres. Necesitamos más puritanismo en el púlpito. Seguramente, algunos de los puritanos fueron extremistas. Pero aún bajo su enseñanza había un estado diferente de la conciencia individual y pública de lo que existe en estos días. Aquellos antiguos, severos y grandes vindicadores del gobierno de Dios hubieran arrojado rayos y centellas hasta que hubieran casi acabado con sus púlpitos, si cualesquiera de tales inmoralidades se hubiesen mostrado bajo sus instrucciones como hoy en día es común. En mayor medida la prensa toma su tono desde el púlpito. La literatura universal del presente muestra concluyentemente que el sentido moral de la gente necesita tonificación y algunos de nuestros predicadores más fascinantes se han vuelto los favoritos de los infieles, escépticos de todo nivel, universalistas, y los tipos más abandonados. ¿Y ha cesado la ofensa de la cruz, o se tiene a la cruz fuera de la vista? ¿Se ha vuelto popular la ley santa de Dios, con su precepto severo y castigo horrible con los hombres y mujeres inconversos? ¿O se ignora en el púlpito, y el predicador es alabado por ese descuido del deber por el que debe ser despreciado? Creo que la única forma posible de detener esa tendencia a la baja en la moral privada y pública es sostener los púlpitos en esta tierra con fidelidad abundante, todo el evangelio de Dios, incluyendo como la única regla de vida la ley santa y perfecta de Dios.

El sostenimiento de esta ley revelará la depravación moral del corazón, y el predicar la limpieza de la sangre de Cristo limpiará el corazón de pecado. Mis amados hermanos en el ministerio, ¿acaso no hay una gran carencia en las inculcaciones públicas del púlpito sobre este tema? Estamos puestos para la defensa del bendito evangelio y para la vindicación de la ley santa de Dios. Ruego que ustedes escudriñen la conciencia de nuestros oidores, con estruendo hablemos de la ley y del evangelio de Dios hasta que nuestras voces lleguen a la capital de este nación, a través de nuestros representantes en el congreso. Es muy normal que los diarios seculares publiquen porciones de sermones. Demos a los reporteros de la prensa tanto trabajo por hacer hasta que retumben sus oídos y los oídos de los lectores. Que las camarillas del ferrocarril, los apostadores de la bolsa, nuestros oficiales de cualquier nivel, oigan desde el púlpito, si van con el sonido, esa predicación puritana para que se levanten con pensamientos y vida mejores. Fuera la predicación diluida de un amor de Cristo que no tiene en ella discriminación santa o moral. Fuera esta predicación de un amor de Dios que no está enojado con los pecadores cada día. Fuera la predicación de un Cristo que no está crucificado por el pecado.

El Cristo crucificado por los pecadores del mundo es el Cristo que la gente necesita. Deshagámonos de la justa imputación del descuido de predicar la ley de Dios hasta que las conciencias de los hombres duerman. Tal colapso de conciencia en esta tierra nunca hubiera podido haber existido si el elemento puritano en nuestra predicación no hubiera sido abandonado en gran medida.

Hace algunos años estaba predicando en una congregación cuyo pastor había fallecido meses antes. Parecía haber sido casi universalmente popular con su iglesia y comunidad. Su iglesia parecía idolatrarlo. Todos estaban elogiándolo y poniéndolo de ejemplo, y sin embargo tanto la iglesia como la comunidad claramente demostraron que tenían un ministro infiel, un hombre que amó y buscó el aplauso de su gente. Oí tanto de esta inculcación, y vi demasiado de los frutos legítimos de sus enseñanzas, que me sentí obligado a decirle a la gente desde el púlpito que habían tenido un ministro infiel; que tales frutos, como eran aparentes por todos lados, dentro y fuera de la iglesia, nunca pudieron provenir de una presentación fiel del evangelio. Esta aseveración, sin duda, los estremeció en gran manera si hubiera sido bajo otras circunstancias, pero, en la forma de cómo se había preparado, no parecieron contradecirla.

Hermanos, nuestra predicación dará sus frutos legítimos. Si la inmoralidad prevalece en la tierra, el fracaso es nuestro en una gran medida. Si hay una decadencia de conciencia, el púlpito es responsable. Si a la prensa pública le falta discriminación moral, el púlpito es responsable. Si la Iglesia se degenera y es mundana, el púlpito es responsable. Si el mundo pierde interés en la religión, el púlpito es responsable. Si Satanás gobierna en los recintos legislativos, el púlpito es responsable. Si nuestra política se vuelve tan corrupta que los mismos cimientos del gobierno están listos para derrumbarse, el púlpito es responsable. No ignoremos el hecho, mis queridos hermanos, sino decidan de corazón, y estén totalmente despiertos a nuestra responsabilidad con respecto a la moral de esta nación.

Capítulo 12

La Psicología De La Fe

He por tanto intentado mostrar que la santificación es forjada en el alma por el Espíritu de Cristo, mediante la fe, con o sin la concurrencia de nuestra propia actividad. Ahora quisiera poner la atención en la naturaleza o psicología de la fe como un acto o estado mental. Mi maestro de teología sostenía que la fe era un acto o estado mentales, una convicción o persuasión firme que las doctrinas de la Biblia son verdaderas. Hasta donde me acuerdo, ésta era la postura de fe que oía por todos lados.

Cuando se objetó esto, que estas convicciones o estados intelectuales eran voluntarios, y no podían ser producidos por ningún esfuerzo de la voluntad, y consecuentemente, no podemos estar bajo obligaciones de ejercer la fe, y además, esa fe, acto o estado intelectuales, no podía ser virtud, se nos contestó que controlamos la atención de la mente por esfuerzos de la voluntad, y que nuestra responsabilidad puesta en la búsqueda de ese grado de evidencia que no convencería al intelecto, esa incredulidad era pecado, porque era el resultado inevitable de un fracaso de buscar y aceptar la evidencia de las verdades de revelación; esa fe era virtud, porque involucraba el consentimiento y esfuerzo de la voluntad de buscar la verdad.

Me he encontrado con esta noción errónea de la naturaleza de la fe cristiana casi en todos lados desde que me licencié para predicar. Especialmente a inicios del ministerio me encontré con gran énfasis en creer "los artículos de fe", y se sostenía que la fe consistía en creer con una convicción firme las doctrinas sobre Cristo. De ahí, se insistió mucho en una aceptación de las doctrinas, las doctrinas, las DOCTRINAS del evangelio como una fe constituyente. Había sido llevado a aceptar estas doctrinas intelectual y firmemente antes de que me convirtiera. Y cuando se me dijo que creyera, contesté, yo creo, y ningún argumento o aserción podía convencerme de que no creía el evangelio. Y hasta el mismo momento de mi conversión no se me convenció y no se me podía convencer de mi error.

En el momento de mi conversión, o cuando primero ejercí la fe, vi mi error ruin. Encontré que la fe no consistía en una convicción intelectual de que las cosas afirmadas en la Biblia acerca de Cristo eran verdaderas, sino en la confianza del corazón en la persona de Cristo. Aprendí que el testimonio de Dios referente a Cristo fue diseñado para llevarme a confiar en Cristo, confiar en

su persona como mi Salvador; que el sólo creer acerca de Cristo era un error fatal e inevitablemente me dejaba en mis pecados. Era como si estuviese enfermo de muerte, y alguien me recomendara un doctor que seguramente podía y estaba dispuesto a salvar mi vida, y que debía escuchar el testimonio referente a él hasta estar plenamente convencido de que podía y estaba dispuesto a salvar mi vida, y entonces se me debía decir que creyera en él y mi vida estaría asegurada. Ahora, si entendí eso que no quería decir más que dar crédito al testimonio con la convicción más firme, debo contestar "yo sí creo en él con una fe sin duda. Creo cada palabra que se me ha dicho tocante a él." Si aquí me detuviera, debo desde luego, perder mi vida. Aunado a esta firme convicción intelectual de su disponibilidad y habilidad, era esencial corresponderle, acudir a él, confiar en su persona, aceptar su tratamiento. Cuando hube aceptado intelectualmente el testimonio referente a él con una creencia firme, el paso siguiente e indispensable sería un acto voluntario de confianza en su persona, una entrega de mi vida a él y a su tratamiento soberano en la cura de mi enfermedad.

Ahora bien, esto ilustra la verdadera naturaleza o psicología de la fe como existe de hecho en la conciencia. No consiste en algún grado de conocimiento intelectual, o aceptación de las doctrinas de la Biblia. La persuasión más firme posible de que cada palabra dicha en la Biblia con respecto a Dios y Cristo es verdadera, no es fe. Estas verdades y doctrinas revelan a Dios en Cristo sólo en tanto apunten a Dios en Cristo, y enseñen al alma cómo encontrarlo por un acto de confianza en su persona.

Cuando firmemente confiamos en su persona, y dedicamos nuestras almas a él por un acto firme de confianza en él por todo aquello que afirma ser para nosotros en la Biblia, esto es fe. Confiamos en él sobre el testimonio de Dios. Confiamos en él por lo que las doctrinas y hechos de la Biblia declaran de él que es para nosotros. Este acto de confianza de nuestro espíritu con él en una unión tan cercana que directamente recibimos de él una corriente de vida eterna. La fe, en la conciencia, parece completar el divino círculo galvánico, y la vida de Dios es instantáneamente impartida en nuestras almas. La vida de Dios, y la luz, y el amor y la paz, y el gozo parecen fluir hacia nosotros como natural y espontáneamente como la corriente galvánica desde la batería. Entonces por primera vez entendemos lo que Cristo significa por nuestro ser unido y de este modo revelado a nosotros como Dios. Estamos conscientes de la comunión directa con él, y lo conocemos como nos conocemos a nosotros mismos, por su actividad directa dentro de nosotros. Entonces sabemos directamente, en conciencia, que él es nuestra vida, y que recibimos de él, momento a momento, por así decirlo, una impartición de fe eterna.

Con algunos la mente es comparativamente oscura, y la fe, por consiguiente, es comparativamente débil en su primer ejercicio. Pueden tener una opinión amplia y sin embargo creer intelectualmente, pero poca con una convicción de darse cuenta. De ahí, su confianza en él será tan estrecha como sus convicciones de darse cuenta. Cuando la fe es débil, la corriente de vida divina fluirá tan suavemente que escasamente estamos conscientes de ella. Pero cuando la fe es fuerte y abarca todo, nos deja una corriente de vida divina de amor hacia nuestras almas tan fuerte que parece permear tanto el alma como el cuerpo. Sabemos entonces en la conciencia lo que es tener el Espíritu de Cristo dentro de nosotros como un poder para salvarnos de pecado y estar de pie en el camino de obediencia amorosa.

Por pláticas personales con cientos, y puedo decir miles, de cristianos, me he quedado pasmado con la aplicación de las palabras de Cristo, como se registran en el capítulo quinto de Juan, a la experiencia de ellos. Cristo dijo a los judíos: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida". No entienden las escrituras. Se satisfacen con asegurar lo que las escrituras dijeron sobre Cristo, pero no aprovechan la luz así recibida por un acto de confianza amorosa en su persona. Me temo que hoy en día sea verdad, como ha sido en los días del pasado, que multitudes no ven los hechos y las doctrinas del evangelio y por ningún acto de confianza de ir a él concerniente a que todo este testimonio es dado. De este modo la Biblia se malentiende y se abusa de ella.

Muchos, entendiendo la "Confesión de Fe", como el resumen de las doctrinas de la Biblia, descuidaron mucho la Biblia y descansan en una creencia de los artículos de fe. Otros, más precavidos y esforzados, escudriñan las escrituras para ver qué dicen acerca de Cristo, pero se detienen y descansan en la formación de las opiniones teológicas correctas, mientras otros, y son la única clase salvada, aman las escrituras intensamente porque testifican de Jesús. Buscan y devoran las escrituras porque les dice quién es Jesús y por lo que pueden confiar en él. No se detienen y descansan en este testimonio, sino por un acto de confianza amorosa de él, por una comunicación divina directa, las cosas por las que son llevados a confiar en él. Esto es ciertamente la experiencia cristiana. Esto es el recibir de Cristo vida eterna que Dios ha dado a nosotros en él. Ésta es fe salvadora.

Hay muchos grados en la fortaleza de la fe, de la cual estamos difícilmente conscientes de aquello que deja tal anegación de vida eternal en el alma como para vencer bastante la fuerza del cuerpo. En el ejercicio más fuerte de fe los nervios del cuerpo parecen dar paso por el momento bajo el ejercicio abrumador de la mente. Esta gran fuerza de ejercicio mental no es quizás muy común.

Podemos soportar más que poco de la luz y amor de Dios en nuestras almas y aún permanecer en el cuerpo. A veces he sentido que una visión poco más clara llevaría a mi alma lejos del cuerpo, y me he encontrado con muchos cristianos que los ventarrones de influencia espiritual eran familiares. Pero mi objetivo para escribir así es para ilustrar la naturaleza o psicología y resultados de la fe salvadora.

La contemplación de la actitud y experiencia de muchos cristianos profesantes tocante a Cristo es verdaderamente lamentable y maravillosa, considerando que la Biblia está en sus manos. Muchos de ellos parecen haberse detenido en opiniones teológicas más o menos firmemente sostenidas. Esto entienden ellos que es fe. Otros son más esforzados y no se detienen en una convicción más o menos de darse cuenta de las verdades de la Biblia referentes a Cristo. Otros tienen impresiones fuertes de las obligaciones de la ley, que los mueven a empezar una vida esforzada de obras que los llevan a la atadura. Oran desde un sentido del deber; son cumplidores, mas no amorosos, no confiados. No tienen paz, ni descanso, excepto en casos donde se persuaden ellos mismos de que han cumplido su deber. Están en un estado agonizante sin descanso.

"A la razón escuchan, sus consejos ponderan,

Todas sus palabras aprueban

Y sin embargo difícil de obedecer son

Y más aún de amar".

Leen y quizá escudriñen las escrituras para aprender su deber y aprender acerca de Cristo. Intelectualmente creen todo lo que las escrituras dicen acerca de él, pero cuando Cristo es de ese modo encomendado a su confianza, no lo hacen por un acto de confianza personal amorosa y entrega a él para unir sus almas con él como para recibir de él el influjo de la vida de él, y la luz y el amor. No reciben por un simple acto de confianza personal y amorosa la corriente de la vida divina de él y el poder en sus propias almas. No se agarran de la fuerza de él y entrelazan su ser con el suyo. En otras palabras, no creen verdaderamente. De ahí que no son salvos. ¡Ah! Qué error es éste. Me temo que es muy común. No, parece ser cierto que es terriblemente común, de otro modo ¿cómo puede dar cuenta el estado de la Iglesia? ¿Acaso es aquello que vemos en las grandes masas de profesantes de religión todo lo que Cristo hace para y en su gente cuando verdaderamente creen? ¡No!, ¡no! Aquí hay un gran error. La psicología

de la fe está errada, y una convicción intelectual de la verdad del evangelio se supone que es fe. Y algunos cuyas opiniones parecen estar bien en cuanto a la naturaleza de la fe descansan en su filosofía y fallan en ejercer la fe.

Que nadie suponga que subestimo el valor de los hechos y las doctrinas del evangelio. Considero un conocimiento y creencia de ellos como de importancia fundamental. No simpatizo con aquellos que los devalúan y tratan la discusión doctrinal y la predicación como de importancia menor, ni puedo consentir la enseñanza de aquellos que nos predican a Cristo y no las doctrinas respecto a él. Son los hechos y las doctrinas de la Biblia que nos enseñan quién es Cristo, por qué es de confianza y para qué. ¿Cómo es que podemos predicar a Cristo sin predicar acerca de él? ¿Y cómo es que podemos confiar en él sin estar informados por qué y para qué confiamos en él?

El error al que me enfoco no consiste en poner mucho énfasis en enseñar y creer los hechos y doctrinas del evangelio, sino consiste en fallar de confiar en el Cristo personal por lo que esos hechos y doctrinas nos enseñan a confiar en él, y satisfacernos a nosotros mismos con creer el testimonio referente a él, así descansar en la creencia de lo que Dios ha dicho acerca de él. En vez de entregar nuestras almas a él por un acto de confianza amorosa.

El testimonio de Dios con respecto a él está diseñado para asegurar nuestra confianza en él. Si falla en asegurar la unión de nuestras almas a él por un acto y estado de confianza implícita en él--tal acto de confianza como nos une a él como el pámpano está unido a la vid--hemos oído el evangelio en vano. No somos salvos. Hemos fracasado en recibir de él esa impartición de vida eterna que puede ser conducida a nosotros a través de ningún otro canal más que el de la confianza implícita.

Capítulo 12

La Psicología De La Fe

He por tanto intentado mostrar que la santificación es forjada en el alma por el Espíritu de Cristo, mediante la fe, con o sin la concurrencia de nuestra propia actividad. Ahora quisiera poner la atención en la naturaleza o psicología de la fe como un acto o estado mental. Mi maestro de teología sostenía que la fe era un acto o estado mentales, una convicción o persuasión firme que las doctrinas de la Biblia son verdaderas. Hasta donde me acuerdo, ésta era la postura de fe que oía por todos lados.

Cuando se objetó esto, que estas convicciones o estados intelectuales eran voluntarios, y no podían ser producidos por ningún esfuerzo de la voluntad, y consecuentemente, no podemos estar bajo obligaciones de ejercer la fe, y además, esa fe, acto o estado intelectuales, no podía ser virtud, se nos contestó que controlamos la atención de la mente por esfuerzos de la voluntad, y que nuestra responsabilidad puesta en la búsqueda de ese grado de evidencia que no convencería al intelecto, esa incredulidad era pecado, porque era el resultado inevitable de un fracaso de buscar y aceptar la evidencia de las verdades de revelación; esa fe era virtud, porque involucraba el consentimiento y esfuerzo de la voluntad de buscar la verdad.

Me he encontrado con esta noción errónea de la naturaleza de la fe cristiana casi en todos lados desde que me licencié para predicar. Especialmente a inicios del ministerio me encontré con gran énfasis en creer "los artículos de fe", y se sostenía que la fe consistía en creer con una convicción firme las doctrinas sobre Cristo. De ahí, se insistió mucho en una aceptación de las doctrinas, las doctrinas, las DOCTRINAS del evangelio como una fe constituyente. Había sido llevado a aceptar estas doctrinas intelectual y firmemente antes de que me convirtiera. Y cuando se me dijo que creyera, contesté, yo creo, y ningún argumento o aserción podía convencerme de que no creía el evangelio. Y hasta el mismo momento de mi conversión no se me convenció y no se me podía convencer de mi error.

En el momento de mi conversión, o cuando primero ejercí la fe, vi mi error ruin. Encontré que la fe no consistía en una convicción intelectual de que las cosas afirmadas en la Biblia acerca de Cristo eran verdaderas, sino en la confianza del corazón en la persona de Cristo. Aprendí que el testimonio de Dios referente a Cristo fue diseñado para llevarme a confiar en Cristo, confiar en

su persona como mi Salvador; que el sólo creer acerca de Cristo era un error fatal e inevitablemente me dejaba en mis pecados. Era como si estuviese enfermo de muerte, y alguien me recomendara un doctor que seguramente podía y estaba dispuesto a salvar mi vida, y que debía escuchar el testimonio referente a él hasta estar plenamente convencido de que podía y estaba dispuesto a salvar mi vida, y entonces se me debía decir que creyera en él y mi vida estaría asegurada. Ahora, si entendí eso que no quería decir más que dar crédito al testimonio con la convicción más firme, debo contestar "yo sí creo en él con una fe sin duda. Creo cada palabra que se me ha dicho tocante a él." Si aquí me detuviera, debo desde luego, perder mi vida. Aunado a esta firme convicción intelectual de su disponibilidad y habilidad, era esencial corresponderle, acudir a él, confiar en su persona, aceptar su tratamiento. Cuando hube aceptado intelectualmente el testimonio referente a él con una creencia firme, el paso siguiente e indispensable sería un acto voluntario de confianza en su persona, una entrega de mi vida a él y a su tratamiento soberano en la cura de mi enfermedad.

Ahora bien, esto ilustra la verdadera naturaleza o psicología de la fe como existe de hecho en la conciencia. No consiste en algún grado de conocimiento intelectual, o aceptación de las doctrinas de la Biblia. La persuasión más firme posible de que cada palabra dicha en la Biblia con respecto a Dios y Cristo es verdadera, no es fe. Estas verdades y doctrinas revelan a Dios en Cristo sólo en tanto apunten a Dios en Cristo, y enseñen al alma cómo encontrarlo por un acto de confianza en su persona.

Cuando firmemente confiamos en su persona, y dedicamos nuestras almas a él por un acto firme de confianza en él por todo aquello que afirma ser para nosotros en la Biblia, esto es fe. Confiamos en él sobre el testimonio de Dios. Confiamos en él por lo que las doctrinas y hechos de la Biblia declaran de él que es para nosotros. Este acto de confianza de nuestro espíritu con él en una unión tan cercana que directamente recibimos de él una corriente de vida eterna. La fe, en la conciencia, parece completar el divino círculo galvánico, y la vida de Dios es instantáneamente impartida en nuestras almas. La vida de Dios, y la luz, y el amor y la paz, y el gozo parecen fluir hacia nosotros como natural y espontáneamente como la corriente galvánica desde la batería. Entonces por primera vez entendemos lo que Cristo significa por nuestro ser unido y de este modo revelado a nosotros como Dios. Estamos conscientes de la comunión directa con él, y lo conocemos como nos conocemos a nosotros mismos, por su actividad directa dentro de nosotros. Entonces sabemos directamente, en conciencia, que él es nuestra vida, y que recibimos de él, momento a momento, por así decirlo, una impartición de fe eterna.

Con algunos la mente es comparativamente oscura, y la fe, por consiguiente, es comparativamente débil en su primer ejercicio. Pueden tener una opinión amplia y sin embargo creer intelectualmente, pero poca con una convicción de darse cuenta. De ahí, su confianza en él será tan estrecha como sus convicciones de darse cuenta. Cuando la fe es débil, la corriente de vida divina fluirá tan suavemente que escasamente estamos conscientes de ella. Pero cuando la fe es fuerte y abarca todo, nos deja una corriente de vida divina de amor hacia nuestras almas tan fuerte que parece permear tanto el alma como el cuerpo. Sabemos entonces en la conciencia lo que es tener el Espíritu de Cristo dentro de nosotros como un poder para salvarnos de pecado y estar de pie en el camino de obediencia amorosa.

Por pláticas personales con cientos, y puedo decir miles, de cristianos, me he quedado pasmado con la aplicación de las palabras de Cristo, como se registran en el capítulo quinto de Juan, a la experiencia de ellos. Cristo dijo a los judíos: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida". No entienden las escrituras. Se satisfacen con asegurar lo que las escrituras dijeron sobre Cristo, pero no aprovechan la luz así recibida por un acto de confianza amorosa en su persona. Me temo que hoy en día sea verdad, como ha sido en los días del pasado, que multitudes no ven los hechos y las doctrinas del evangelio y por ningún acto de confianza de ir a él concerniente a que todo este testimonio es dado. De este modo la Biblia se malentiende y se abusa de ella.

Muchos, entendiendo la "Confesión de Fe", como el resumen de las doctrinas de la Biblia, descuidaron mucho la Biblia y descansan en una creencia de los artículos de fe. Otros, más precavidos y esforzados, escudriñan las escrituras para ver qué dicen acerca de Cristo, pero se detienen y descansan en la formación de las opiniones teológicas correctas, mientras otros, y son la única clase salvada, aman las escrituras intensamente porque testifican de Jesús. Buscan y devoran las escrituras porque les dice quién es Jesús y por lo que pueden confiar en él. No se detienen y descansan en este testimonio, sino por un acto de confianza amorosa de él, por una comunicación divina directa, las cosas por las que son llevados a confiar en él. Esto es ciertamente la experiencia cristiana. Esto es el recibir de Cristo vida eterna que Dios ha dado a nosotros en él. Ésta es fe salvadora.

Hay muchos grados en la fortaleza de la fe, de la cual estamos difícilmente conscientes de aquello que deja tal anegación de vida eternal en el alma como para vencer bastante la fuerza del cuerpo. En el ejercicio más fuerte de fe los nervios del cuerpo parecen dar paso por el momento bajo el ejercicio abrumador de la mente. Esta gran fuerza de ejercicio mental no es quizás muy común.

Podemos soportar más que poco de la luz y amor de Dios en nuestras almas y aún permanecer en el cuerpo. A veces he sentido que una visión poco más clara llevaría a mi alma lejos del cuerpo, y me he encontrado con muchos cristianos que los ventarrones de influencia espiritual eran familiares. Pero mi objetivo para escribir así es para ilustrar la naturaleza o psicología y resultados de la fe salvadora.

La contemplación de la actitud y experiencia de muchos cristianos profesantes tocante a Cristo es verdaderamente lamentable y maravillosa, considerando que la Biblia está en sus manos. Muchos de ellos parecen haberse detenido en opiniones teológicas más o menos firmemente sostenidas. Esto entienden ellos que es fe. Otros son más esforzados y no se detienen en una convicción más o menos de darse cuenta de las verdades de la Biblia referentes a Cristo. Otros tienen impresiones fuertes de las obligaciones de la ley, que los mueven a empezar una vida esforzada de obras que los llevan a la atadura. Oran desde un sentido del deber; son cumplidores, mas no amorosos, no confiados. No tienen paz, ni descanso, excepto en casos donde se persuaden ellos mismos de que han cumplido su deber. Están en un estado agonizante sin descanso.

"A la razón escuchan, sus consejos ponderan,

Todas sus palabras aprueban

Y sin embargo difícil de obedecer son

Y más aún de amar".

Leen y quizá escudriñen las escrituras para aprender su deber y aprender acerca de Cristo. Intelectualmente creen todo lo que las escrituras dicen acerca de él, pero cuando Cristo es de ese modo encomendado a su confianza, no lo hacen por un acto de confianza personal amorosa y entrega a él para unir sus almas con él como para recibir de él el influjo de la vida de él, y la luz y el amor. No reciben por un simple acto de confianza personal y amorosa la corriente de la vida divina de él y el poder en sus propias almas. No se agarran de la fuerza de él y entrelazan su ser con el suyo. En otras palabras, no creen verdaderamente. De ahí que no son salvos. ¡Ah! Qué error es éste. Me temo que es muy común. No, parece ser cierto que es terriblemente común, de otro modo ¿cómo puede dar cuenta el estado de la Iglesia? ¿Acaso es aquello que vemos en las grandes masas de profesantes de religión todo lo que Cristo hace para y en su gente cuando verdaderamente creen? ¡No!, ¡no! Aquí hay un gran error. La psicología

de la fe está errada, y una convicción intelectual de la verdad del evangelio se supone que es fe. Y algunos cuyas opiniones parecen estar bien en cuanto a la naturaleza de la fe descansan en su filosofía y fallan en ejercer la fe.

Que nadie suponga que subestimo el valor de los hechos y las doctrinas del evangelio. Considero un conocimiento y creencia de ellos como de importancia fundamental. No simpatizo con aquellos que los devalúan y tratan la discusión doctrinal y la predicación como de importancia menor, ni puedo consentir la enseñanza de aquellos que nos predican a Cristo y no las doctrinas respecto a él. Son los hechos y las doctrinas de la Biblia que nos enseñan quién es Cristo, por qué es de confianza y para qué. ¿Cómo es que podemos predicar a Cristo sin predicar acerca de él? ¿Y cómo es que podemos confiar en él sin estar informados por qué y para qué confiamos en él?

El error al que me enfoco no consiste en poner mucho énfasis en enseñar y creer los hechos y doctrinas del evangelio, sino consiste en fallar de confiar en el Cristo personal por lo que esos hechos y doctrinas nos enseñan a confiar en él, y satisfacernos a nosotros mismos con creer el testimonio referente a él, así descansar en la creencia de lo que Dios ha dicho acerca de él. En vez de entregar nuestras almas a él por un acto de confianza amorosa.

El testimonio de Dios con respecto a él está diseñado para asegurar nuestra confianza en él. Si falla en asegurar la unión de nuestras almas a él por un acto y estado de confianza implícita en él--tal acto de confianza como nos une a él como el pámpano está unido a la vid--hemos oído el evangelio en vano. No somos salvos. Hemos fracasado en recibir de él esa impartición de vida eterna que puede ser conducida a nosotros a través de ningún otro canal más que el de la confianza implícita.